



IRRESISTIBLE

Libra 5

ROBYN HILL

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

Capítulo 1

ERIC

Un sensación de peligro inminente flotaba en la atmósfera de la prisión. Morgan y sus secuaces me lanzaban miradas de acero cada vez que aparecía por el pabellón de reclusos. Deseaban vengarse de la paliza sufrida en las duchas, por eso debía permanecer en alerta todo el tiempo. Era evidente que mi vida corría grave peligro, pero ¿me hubiera comportado de distinta forma de saber que trataba con el mafioso de la cárcel? La respuesta a todas luces era no. Mi actitud podía considerarse como irresponsable, sin embargo, creo que es el deber de cada uno a contribuir para que el mundo sea mejor. ¿Hubiera sido capaz de mirar a los ojos a la mujer de mi vida si llego a actuar como un cobarde? Con toda probabilidad, no. El amor de Amanda me dejaba ser fiel a mí mismo, auténtico por los cuatro costados. Y entre rejas el tener la certeza de que ella estaría orgulloso de mí, era como un soplo de aire fresco dentro del árido entorno de la cárcel.

Recordé lo mucho que la extrañé aquellos días que viajé a Nueva York, sufriendo un anhelo constante por volverla a ver, pero en la prisión el sentimiento resultaba más agudo. A esa terrible y profunda nostalgia por Amanda se le sumaba la melancolía, la frustración y una sensación de vacío. En otras palabras, me sentía desesperado porque entre ella y yo se levantaba un bloque de hormigón impidiendo estrecharla entre mis brazos. ¿Existe mayor castigo que el privarte de la mujer de las que estás perdidamente enamorado?

Estaba tumbado en mi camastro cuando se acercó Ferguson andando con parsimonia, como si se encontrara en el jardín de su casa.

—Cassel, en pie —dijo con un gesto de la mano—. Vámonos a dar un paseo.

—¿Qué ocurre? —pregunté con el ceño fruncido mientras me colocaba de pie. Mi reunión con Brian había sido esa misma mañana y, por desgracia, no era domingo, así que no contaba con ninguna visita.

—Se te dirá en su momento —dijo Ferguson esposándose.

Cualquier novedad que me distrajera de la rutina era más que bienvenida. En la cárcel el tiempo transcurría mucho más lento, y lo peor era que ese ritmo monótono te afectaba al cuerpo y a la mente.

Ferguson y yo caminamos a través de los pasillos largos y austeros del módulo de prisioneros. A veces me gustaba aguzar el oído para escuchar *los sonidos de la cárcel*. Para mi sorpresa, emisoras de todo el mundo reverberaban por las paredes. Resultaba irónico que un mundo tan tecnológico, la radio continuara siendo un instrumento tan utilizado.

—¿Cómo estás, bien? —preguntó Ferguson mientras salíamos del módulo de reclusos. Aún desconocía el propósito de mi improvisado paseo.

Me encogí de hombros. ¿Qué se suponía debía contestar? Estaba en la cárcel, jodido. Ferguson sonrió de una forma paternal. No pude evitar sentir una corriente de simpatía hacía él, a pesar de que jamás daría su vida por defenderme de Morgan. Lo comprendía. No le pagaban para arriesgarse.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—El alcaide quiere verte —respondió alzando las cejas, como si hablase del presidente de los Estados Unidos.

—¿A mí? ¿Para qué?

—Ya lo verás, Cassel. No seas impaciente —dijo con el rostro serio.

Después de pasar por un sendero de piedra bajo un cielo encapotado, cruzamos el umbral de una puerta. Al entrar me sorprendió ver a una mujer detrás de un escritorio. Dentro de una cárcel de hombres parece lógico esperarse a hombres en todos los puestos de trabajo, pero estaba equivocado.

—Hola, Susan —dijo Ferguson—. Nos está esperando.

La tal Susan asintió con la cabeza y ambos entramos en el despacho del alcaide. Lo primero que vi fue la espalda de un hombre que pintaba sobre un lienzo. En una mano sostenía el pincel

y en la otra, la paleta con un surtido de colores. Llevaba puesto un mono blanco lleno de manchas de varios colores, sin duda, se trataba de un pasatiempo al que dedicaba muchas horas.

—Sr. Orison... —dijo Ferguson.

El alcaide se tomó la tranquilidad para soltar la última pincelada antes de girarse hacia nosotros. Me fijé en el cuadro: una playa paradisíaca de arena blanca y mar de color turquesa. Supuse que su trabajo le ocasionaría una multitud de horas muertas que debía rellenar de alguna manera.

—Oh, Eric, buenos días —dijo el Sr. Orison sonriendo—. Tome asiento, por favor.

Se trataba de un hombre que rondaba los sesenta años, de aspecto afable, con la espalda ligeramente encorvada y una mirada astuta. Me fijé en su anillo de casado. Algo en él me recordaba a un sacerdote o un médico.

Con un gesto de la cabeza ordenó a Ferguson que me quitara las esposas. El Sr. Orison me examinó de arriba a abajo, seguramente calibrando qué tipo de preso era. Tomé asiento mientras me acariciaba mis doloridas muñecas. ¿Qué querrá este hombre de mí?, me pregunté.

—Me encanta pintar, me relaja —dijo al fin.

Guardé silencio, y el Sr. Orison, al no obtener respuesta a su comentario, continuó pintando con pequeñas pinceladas aquí y allá. A veces sacaba la lengua, como si estuviera afinando su talento. Miré a Ferguson, desconcertado, pero mantenía una expresión imperturbable.

—Fue muy valiente por su parte ayudar a ese pobre portugués. No hay muchos presos que se presten a socorrer a los demás. Le felicito —dijo concentrado en el lienzo.

—Gracias —dije lacónicamente.

—Es usted diferente al resto. De vez en cuando aparece alguien que rompe el estereotipo del preso. Sin duda, ahora ese privilegio recae sobre sus hombros —dijo mientras se agachaba y entornaba los ojos con la mano en el pincel—. Usted no pertenece a este sitio.

—¿Me va a ayudar a salir de aquí? Soy inocente.

El Sr. Orison dejó de pintar y esbozó una gran sonrisa mientras me miraba.

—Me temo, hijo, que es algo que está fuera de mi control. Yo solo gobierno esta institución.

—¿Para qué me ha llamado? —pregunté, cansado de sus enigmáticos comentarios.

—Le he llamado porque se encuentra en una posición complicada. Usted y yo sabemos de qué se trata —dijo refiriéndose a la más que probable represalia de Morgan y sus secuaces—. ¿Sabe? Quiero ayudarle... Le voy a transferir a otro módulo mucho más sosegado, con presos de absoluta confianza... E incluso con un gimnasio a su disposición si lo necesita.

Una cierta desconfianza empezó a invadirme. No comprendía el por qué de esa generosidad tan repentina. Si a todos los presos se les tratase así al involucrarse en peleas, sin duda que se amañarían unas cuantas con el fin de ser trasladados.

—¿A cambio de qué? —dije cruzándome de brazos.

El Sr. Orison soltó una pequeña risita.

—Ya veo que es inteligente —dijo mientras firmaba la obra en una esquina del lienzo—. Eso me gusta.

El alcaide dio un paso hacia atrás y examinó su cuadro. Asintió con la cabeza, satisfecho.

—Firme una declaración en la que cuente cómo Morgan agredía a Varejao. Estoy deseando que disfrute de una larga temporada en nuestra celda de castigo pero, por desgracia, no puedo mandarlo a mi antojo. Necesito un testigo de cargo, y ahí es donde entra usted —dijo despojándose de su bata. A continuación se abotonó los puños de la camisa mientras Ferguson le sujetaba la chaqueta del traje.

La oferta del alcaide era tentadora, sin embargo, contenía una trampa. Me convertía en un soplón de por vida y eso era algo que trascendería de la prisión. Aliarme con el Sr. Orison suponía ser amenazado de por vida. Mi respuesta estaba clara.

—No cuente conmigo —dije apretando las mandíbulas, y lamentando que mi decisión acabaría también por enemistarme con él.

—¿Estás seguro de lo que haces, idiota? —preguntó Ferguson.

El alcaide le lanzó una mirada de reproche por hablar sin permiso. Ferguson bajó la mirada y se sonrojó.

—No le haga caso, Eric —dijo colocándose la chaqueta y tomando asiento a su escritorio.

—Mi decisión es firme. Tendrá que buscar a otro que le ayude —dije mirándole fijamente.

—No me gusta insistir, se lo advierto —dijo entrelazando las manos sobre la mesa—. Piénselo bien. Valore lo que está en juego.

—Le he dicho que no.

Se creó un silencio incómodo.

—Muy bien —dijo y con un gesto de desprecio con la mano dio por finalizada la reunión.

Ferguson me ordenó que me pusiera de pie y me esposó de nuevo. Lancé una última mirada al alcaide, que tecleaba un número en el teléfono fijo con el auricular en la mano. Mientras me dirigía a la salida escoltado por Ferguson, escuché su último comentario.

—Lo lamentaré.

Al regresar al pabellón, me tumbé de nuevo en mi camastro. No dejaba de pensar en la propuesta del alcaide y en la sensación de que me encontraba solo frente al peligro. Ni siquiera las autoridades serían capaces de echarme una mano. Dentro de la cárcel existía otra ley, la ley de los presos. Si humillabas alguien, su única manera de restituir el honor mancillado pasaba por asesinar. De nada me servía una cuenta corriente abultada para comprar protección. A la hora de la verdad, cuando mi vida estaba en juego, el dinero quedaba relegado a un segundo plano.

A lo lejos observé cómo Morgan se aproximaba a mi litera. Mi cuerpo se puso en máxima tensión. Me quise fijar en sus manos por si portaba un arma, pero las mantenía ocultas tras la espalda. Me costaba determinar su edad, aunque deduje que oscilaría entre los veinte y los veinticinco años. Era más alto que yo, unos diez centímetros; y su cuello estaba adornado por un tatuaje en forma de anillas entrelazadas.

Enseguida palpé en el ambiente la tensión de lo que se avecinaba. Los demás presos me miraban con descaro, esperando el momento cumbre entre Morgan y yo. De reojo, observé que un

par de guardas se encontraban dentro del pabellón. ¿Se atrevería Morgan a agredirme en frente de ellos?

Si retrocedía o mostraba señales de debilidad, podía considerarme muerto, pues me convertía en una presa demasiado fácil para todos. Confieso que sentí preocupación al observar al corpulento Morgan acercarse hasta mí, pero me obligué a aparentar una calma arrogante, como si fuera un hombre endurecido por la estancia en prisión.

Fingí que leía mensajes del móvil barato proporcionado por Ferguson, aunque estaba en permanente vigilancia de Morgan. A menos de cinco metros, apreté el puño derecho. Ya estaba a punto de pasar a mi lado. El corazón me latía a mil por hora. Morgan se detuvo a mi altura y lentamente se agachó. Su mirada destilaba un brillo de locura que lo hacía aún más peligroso.

—Tú y yo aún tenemos una conversación pendiente...

Antes de que me pudiera dar cuenta, uno de los secuaces que se había acercado por el otro lado de la litera, me arrebató el teléfono de la mano. Inmediatamente se lo lanzó a su jefe.

A continuación, dejó caer el teléfono al suelo y de una simple patada lo chafó como si fuera una colilla. Me fastidió perder la comunicación directa con Amanda, pero continué con mi estrategia de mostrarme por encima de todo, sosegado.

—¡Eh, Morgan! ¡Vuelve a tu sitio! —exclamó unos de los guardas desde la puerta.

Morgan le lanzó una mirada de desprecio acompañado de un gruñido.

—Veremos si la próxima vez tienes tanta suerte —dijo mostrando una dentadura blanca e inmaculada—. Estaremos tú y yo, a solas.

—Cuando quieras, viejo amigo —dije mostrándome impasible, aunque sentía el estómago oprimido—. Si quieres concertamos una cita.

Morgan se alejó con la mirada enganchada en la mía. Su compinche soltó una carcajada aguda, como de hiena.

Capítulo 2

AMANDA

—Me dejas de piedra —dijo David, de pie, en mitad de mi dormitorio —. Menudo tipejo ese Jorge Ashen.

—Lo siento mucho —dijo Melissa posando una mano sobre mi antebrazo—. Pensé que sería una buena noticia que aceptara a reunirse contigo y al final ha resultado ser un callejón sin salida.

Mientras Marion y Scott se encontraban en el piso de abajo viendo la televisión, David y Melissa y yo hablábamos sobre la sucia propuesta ocurrida una hora antes. Me sentía indignada, decepcionada y triste. La ilusión de una pronta puesta en libertad de Eric se desvanecía. Cada día me resignaba a que nuestro amor sufriría aún más en este camino tortuoso por el que discurría nuestra relación.

Quería moverme mucho más de lo que estaba haciendo, pero ¿cómo? Yo no era más que una chef, no una detective privada o un abogado. Acostarme con un hombre que no fuese Eric sería algo imperdonable, aunque fuese para liberarlo de la horrible cárcel. ¿Sería capaz de perdonarme si se enterara de que me acosté con otro hombre? ¿Saldría nuestro amor perjudicado a la larga? Debía existir otra forma de ayudarlo...

—Por favor, esto no debe salir de esta habitación —rogué a mis amigos.

—¿No se lo vas a decir a tu abogado? —preguntó David, sorprendido.

—Prefiero que no se entere, por si acaso se lo dice a Eric —dije esperando que ambos comprendiesen mi situación. Conocía a Eric y lo último que deseaba era que se preocupase por mí, por eso debía evitar que en su mente se instalasen ideas equivocadas. Aún estaba triste por su estado físico (delgadísimo y con unas ojeras profundas).

—Por supuesto, a Marion tampoco —dijo Melissa—. David, ¿podemos ir a la policía y denunciar el chantaje?

—¿Cuáles son las pruebas? Será la palabra de Amanda contra la suya. La policía se encogerá de hombros y lo dejará pasar.

Me tumbé sobre la cama. Empezaba a dolerme la cabeza, así que cerré los ojos mientras Melissa y David seguían hablando. Me estremecí al imaginar manteniendo sexo con Ashen y fue una repulsiva imagen que procuré apartar.

—Necesito volver a poco a poco a las rutinas de mi vida, si no creo que me volveré loca —dije aún tumbada—. Quiero volver a trabajar, mantenerme ocupada... Estar en casa sin hacer nada me desespera.

—¿Te han llamado de RR. HH. del Mirage para decirte cuando te incorporas? —preguntó David.

—Sí, en un par de días. Richard lo ha retrasado todo deliberadamente.

—Pero ¿por qué? Pensaba que te llevabas fenomenal con él —dijo Melissa.

Guardé silencio. Recordé que había ocultado a Melissa que, a causa de su empleo en el Bistró, la relación entre Richard y yo no vivía sus mejores momentos.

—Hemos tenido alguna disputa por criterios en el menú —dije para salir del paso—. Nada grave.

—¿Y se está vengando contigo por eso? —preguntó Melissa, indignada.

—Bueno, chicas. Me tengo que ir —dijo David mirando su reloj—. He quedado con mis padres. Cariño, ¿quieres te lleve a alguna parte?

—Sí, déjame en casa.

Les acompañé hasta la puerta envidiando sanamente su vida corriente de pareja, sin ninguno encarcelado.

—Gracias por todo —dije dándoles un beso—. Vuestro apoyo es vital para mí.

—Saldremos de esta, amiga —dijo Melissa abrazándome.

—Cuenta con nosotros para lo que necesites —dijo David con ternura.

Una vez que se marcharon, fui al salón pensando en lo contenta que me sentía comprobar que su relación sentimental poco a poco se iba fortaleciendo. Hacía unos meses ella se encontraba al borde del abismo, y gracias al amor de David, mi amiga había enderezado el rumbo. No solo eso, también nuestra amistad se había fortalecido.

Diez minutos más tarde, me moría de hambre y me apetecía cocinar algo especial para la cena, así que me puse manos a la obra. La vida continuaba a pesar del encierro de Eric, y era algo por lo que me sentía una pizca culpable. Sin embargo, Scott no debía ser una víctima de toda esta desagradable situación. Para él, el mundo continuaba de la misma forma, ajeno a los dramas de los adultos.

Decidí que era el momento idóneo de prepararle a mi hijo una cena especial. Me costaba recordarlo con exactitud pero no hacía mucho en internet me había topado con un estilo de cocina llamada «Bento». Se trataba de enfocar la creatividad en los platos con figuras divertidas con el objeto de animar la comida.

Así pues, me puse manos a la obra. Mi intención era crear un estofado de pollo y verduras sobre el cual componer dos bolas de arroz de tal forma que se asemejara a dos patos sobre una charca. Me apetecía impresionar a mi hijo y, de paso, que cenara un alimento sano y nutritivo.

Empecé hirviendo el arroz y, mientras se iba haciendo, corté un trozo de zanahoria de donde extraería los picos de los patos. El plan era crear dos bolas de arroz de diferente tamaño que formasen el cuerpo y la cabeza. Según la receta, un toque original era colorear uno de los patos de arroz con yema de huevo. Para el remate final, necesitaba una aceituna negra para recortarla de tal forma que funcionara como dos pares de ojos. Saboreaba el instante en que Scott reaccionara al descubrir su cena de patos en una charca-estofado. Estaba convencida de que le encantaría.

El desastre sobrevino cuando, ensimismada en mis pensamientos, me percaté de que el arroz estaba aún crudo al apartarlo del fuego. Rompí a llorar. Era una estupidez, lo sé, pero en el trasfondo yacía los terribles últimos días de sufrimiento. La detención de Eric, cancelar la boda, el trabajo, la proposición deshonesto de Ashen... Las lágrimas me brotaban imposibles de

detener, ni siquiera con papel absorbente. Me senté a la mesa de la cocina y continué desahogándome. Eric, sin ti soy una desgraciada, pensé.

—Amanda, ¿estás bien? —preguntó Marion asomando la cabeza por la puerta.

Asentí con la cabeza entre sollozos. Marion se sentó a mi lado y posó una mano sobre mi espalda, consolándome. Se había trasladado del hotel a casa para sentirse más arropada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Nada. Solo es... El arroz no me ha quedado bien—dije sonándome la nariz con el papel de cocina.

—Bueno, no es tan grave. Sabes que eres una cocinera maravillosa —dijo con un tono cálido—. Mi hijo tiene una suerte inmensa de casarse contigo.

—Gracias, Marion —dije sonriendo, animada por su cumplido. Las suegras son siempre difíciles de conquistar, pero al menos Marion no creaba muchos obstáculos.

—¿Iremos este domingo a visitarle otra vez, verdad?

—Por supuesto —dije recuperando poco a poco mi respiración normal.

Colocó su mano sobre mi frente.

—Tienes unos cuantas décimas de fiebre. Será mejor que te acuestes cuanto antes.

—Después de que le de la cena a Scott. Hoy ha sido un día intenso —dije deseando no descuidar mis obligaciones—. Aún no te he preguntado cómo te sientes. Tiene que ser duro tener a tu hijo en la cárcel.

Marion se emocionó. Éramos dos mujeres cuya vida giraba en torno al mismo hombre.

—Ay, ni me lo recuerdes. Si duermo es solo a base de pastillas, y eso no es bueno, como enfermera lo sé. Desde que murió su padre me siento sola, la verdad. Dime, ¿es que no podemos hacer nada más por sacarlo de ese horrible sitio cuanto antes?

Tragué saliva y desvié la mirada, recordando la conversación con Ashen.

—No, parece que no podemos hacer nada —dije con un hilo de voz.

Después de acostar a Scott, aquella noche me fui a la cama pronto sin cenar. Mi estómago no admitía comida y guardé mi parte del estofado de pollo para el día siguiente. Al menos estaba contenta, ya que Scott había cenado con apetito y obedeciendo en todo. Encendí el televisor aunque solo para que me hiciera compañía, sin darle excesiva importancia al programa que emitían.

Miré el lado vacío de la cama, el lado donde Eric solía dormir. Pasé la mano sobre la sábana como si realmente lo pudiera acariciar en ese momento. Lo echaba terriblemente de menos. Hacía ya dos semanas que se encontraba en la cárcel y el recuerdo de su risa, sus gestos, su olor me pesaban cada vez más. Su cuerpo bien esculpido y esa forma bestial de embestirme cuando hacemos el amor como dos salvajes. Sentirme penetrada, dominada por él... Mmmm... esa dulce y adictiva sensación... Aspiré el olor de su almohada deseando intensificar su recuerdo. Eric, de alguna forma seguía conmigo, provocando el deseo más allá de los límites.

Con el rumor del televisor poco a poco mis párpados se fueron cerrando, y caí en un sueño oscuro...

«Me encontraba en una especie de monasterio... Tiritaba de frío aunque no sabía el motivo porque estaba cubierta por una especie de túnica. Caminaba por un largo pasillo escoltada por dos mujeres mayores que guardaban silencio... Nuestros pasos resonaban...

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Pero las dos mujeres no respondieron... En mi cuerpo sentí un agobio efervescente... No sabía cómo había llegado ahí ni el propósito de mi visita a ese extraño e inquietante lugar. Miré por una de las ventanas enrejadas: afuera había caído la noche y una luna llena iluminaba el cielo nocturno.

De golpe, nos detuvimos y un silencio sepulcral nos envolvió. A lo lejos un hombre envuelto en una capa y con un antifaz apareció de la nada y empezó a caminar hacia nosotros... Llevaba un máscara dorada, de esas estilo veneciano, elegantes y enigmáticas. Solté un respingo al reconocer la figura enmascarada aproximándose con

paso decidido. Su forma de caminar tan elegante, su porte majestuoso...

—¡Eric! —exclamé embargada por una alegría inmensa.

Sin pensarlo dos veces me lancé a la carrera con los brazos abiertos... Ansiaba tanto estrecharlo contra mí... Al sentirme envuelta en su abrazo me emocioné. Me acarició la mejilla transmitiendo una agradable ternura...

—¿Te han soltado? —pregunté alzando la vista.

Pero cuando se despojó del antifaz, Eric no estaba ahí. En su lugar estaba Jorge Ashen».

Chillé.

En ese momento me desperté entre sudores y con el corazón palpitando fuertemente. Al cabo de unos pocos segundos, llamaron a mi puerta. Sin esperar respuesta, Marion entró.

—¿Estás bien, Amanda? —preguntó con la mano sobre el pecho, preocupada—. ¿Una pesadilla?

Me llevó unos segundos responderle, pues mi respiración estaba agitada y mi mente confusa. Cuando lo hice, asentí con la cabeza. La luz del pasillo iluminaba el dormitorio.

—No te preocupes, Scott no se ha despertado —dijo al sentarse al borde de la cama.

La visión de Ashen me había oscurecido el alma de una forma inimaginable. Sentí un alivio inmenso el estar despierta y que Marion estuviese conmigo, porque gracias a ella poco a poco me iba tranquilizando.

Capítulo 3

ERIC

La comida en la prisión era pésima, como no se podía esperar de otra forma. La carne se asemejaba al chicle, la fruta solía ofrecerse podrida y ni siquiera disfrutábamos de agua mineral, ya que se ofrecía una especie de zumo afrutado. Una vez sentado en la mesa con la comida en la bandeja metálica, se experimentaba una honda resignación. No era de extrañar que uno de los sueños más recurrentes de los presos abarque toda clase de alimentos.

Aquel día me senté a la mesa con un grupo de polacos, los cuales hablaron en su idioma ignorando mi presencia. En frente de mí se sentó el portugués, Varejao. Desde el día que lo libré de la paliza en las duchas, apenas sí lo había visto. Desprendía la misma mirada asustadiza tras sus gafas redondas que descubrí el primer día que se cruzó por mi camino. Observé su pelo, siempre húmedo probablemente debido a que sudaba sin cesar.

—Hola, Cassel —me dijo con un hilo de voz.

—Hola, Varejao —dije mientras me tomaba una gélida sopa de fideos con una cuchara de plástico.

—Tengo que pedirte disculpas —dijo mientras miraba su comida alzando las cejas.

—¿Y eso? —pregunté, sorprendido.

—Aún no te he dado las gracias por tu ayuda cuando Morgan y el otro me sacudieron en las duchas.

Le clavé la mirada. De una forma extraña me parecía un tipo triste y acabado.

—No te preocupes —dije, restándole importancia.

—Ahora por mi culpa estás amenazado de muerte —dijo mirando a Morgan quien almorzaba en la otra punta del comedor, ajeno a nuestra conversación.

—Créeme. No es algo que se pueda considerar como culpa tuya.

—Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Estupendo. Gracias —dije sin muchas ganas de hablar. Sin lugar a dudas, en un contexto diferente mis ganas de socializar serían más profundas, pero mi *depósito* social estaba bajo mínimos.

—¿Está bien? ¿Te falta algo? —insistió.

—No, nada en realidad —dije con una sonrisa forzada, sintiendo cómo la fría sopa me agujereaba el alma.

—Me he enterado que Morgan te destrozó el teléfono.

Arqueeé las cejas. No era insólito que un lugar cerrado las noticias volasen con suma rapidez.

—Sí, parece que le desagrada la tecnología —dije, irónico.

—No lo digas muy alto, tiene oídos por todas partes. A veces me parece que la cárcel es suya —dijo con un deje de admiración.

—El teléfono me servía para hablar con mi prometida. Es una pena, pero supongo que podré conseguir otro —dije pensando en Ferguson.

—Yo tengo uno. Lo uso para hablar con mi mujer. Está embarazada —dijo sonriendo. Sacó de su bolsillo una foto arrugada en la que se le veía abrazado a una mujer de bonitos ojos verdes. Quizá, después de todo, incluso Varejao resultaba un conquistador.

—Enhorabuena. ¿Se sabe ya el sexo?

—Niña, y se llamará Tahis.

—¿Quieres que te preste mi teléfono?

—No, gracias —dije sin saber muy bien por qué.

—Quizá prefieras uno nuevo, Cassel. Creo que te lo puedo conseguir y, más rápido de lo que imaginas.

—Gracias, pero lo último que me gustaría es que te metieras en problemas por mi culpa.

—No, no es ningún problema. Llevo aquí un año esperando mi juicio. Compraba coches de alta gama pero que eran robados, y luego los revendía. Un negocio redondo... hasta que me pillaron. Por culpa de mi hermano, que se ha quedado con todo el negocio el muy bastardo. Pero bueno, aún me queda el juicio. Confío mucho en mi abogada por algo le llaman la Máquina. ¿Y tú que has hecho?

—Nada, soy inocente.

Varejao soltó una risita aguda. Algunos presos de otras mesas se giraron sorprendidos.

—Sí, es lo que decimos todos —dijo el portugués—. Bien, esta noche si quieres te entrego el teléfono.

—¿Cuánto me va a costar?

—Nada, ya te lo he dicho. Es bueno que los europeos nos apoyemos unos a otros. Si no, ¿quién lo va a hacer?

Me apetecía escuchar otra vez la voz de Amanda animándome. Un nuevo aspecto de nuestra relación empezaba reconcomerme por dentro, que se sintiera abandonada y buscara refugio en los brazos de otro hombre. La quería tanto que solo con imaginarme... me moría. En la cárcel era sencillo caer en la obsesión, pues el agobio era permanente y tu mente era lo único libre.

Amanda era una mujer de una belleza extraordinaria y objetivo fácil de idiotas que solo buscan el sexo fácil de una noche. Yo nunca había sido demasiado celoso porque me gustaba disfrutar de mi espacio propio, pero ella despertaba en mí al hombre celoso y posesivo, como demostré aquella noche fatídica con la cita de Amanda. ¡Incluso la había seguido como un psicópata!

—Acepto tu regalo, Varejao. Realmente necesito hablar con mi prometida, si no resulta insoportable estar aquí.

Sentí cómo el filo se clavaba en la espalda en repetidas ocasiones. Era un dolor agudo pero asumible. Se trataba de marcar mi piel con el nombre de la mujer que amaba apasionadamente, por lo que merecía la pena cualquier tipo de sufrimiento. Había decidido tatuarme la palabra «Amanda» bajo el cuello como símbolo de mi amor por ella. Si me veía obligado a permanecer un tiempo prolongando entre rejas, el recuerdo de Amanda sería mi medicina para evitar la terrible soledad que me aguardaba.

Según el reglamento, los tatuajes estaba prohibidos. No era difícil adivinar por qué, pues cualquier instrumento afilado se convertía en el acto en un arma blanca. No obstante, muchos presos con maña conseguían objetos que eran substitutos del equipamiento necesario, como grapas o púas de guitarras. Para la tinta usaban el

contenido de bolígrafos o rotuladores. Como honorarios solicitaban tabaco, comida o, por supuesto, dinero.

—Ya veo que todavía sigues con vida. Qué extraño, güey —dijo el tatuador, uno de los que me vendió la información de cómo conseguir el teléfono.

—Gracias por los ánimos —dije irónicamente.

Me encontraba sentado de espalda en una silla, en un rincón alejado de las miradas de los guardias. Hacía ya unas horas de la cena, y el aburrimiento y la dejadez cundía entre los presos.

—Amanda es el nombre de tu mujer... —dijo.

—Es mi prometida. En cuanto salga de aquí, nos casaremos —dije con un tono de convencimiento pleno.

—¿Cómo es?

—Rubia, ojos azules y una sonrisa espectacular. Desde el primer momento que la oí por teléfono supe que me iba a casar con ella —dije proyectando su imagen en mi cabeza aquella tarde en que ambos nos conocimos. Surgió el flechazo y ya no pudimos vivir sin el otro.

—Menos mal que no se llama como mi primera esposa, María Laura de las Mercedes, si no haría falta toda la espalda para tatuar su nombre —dijo en tono burlón.

Aunque hacía tiempo de mi tatuaje del dragón, aún guardaba en la memoria esa pequeña pero intensa tortura de la aguja clavando la piel. Procuré distraerme con la conversación.

—¿Qué ha hecho para que Morgan esté en la cárcel? —pregunté deseando saber más de mi archienemigo.

—No lo sabemos muy bien. Se rumorea que mató a su padre y a su madre con un cuchillo de cocina, pero también he oído que secuestró a dos policías y los mató con una sierra mecánica.

—Todo un ejemplo de civismo... —dije lanzando una mirada a todo el pabellón, deseando que ya lo hubieran trasladado a una prisión federal—. De todos los presos violentos, parece que se lleva la palma.

—Para mí que ese güey está demente. Tiene una de esas miradas fijas, parece que nunca pestañea. Ya he terminado, Cassel —dijo.

Sentí sobre mi espalda el frío tacto de un papel transparente cubriendo el tatuaje. El latino cogió su móvil, fotografió mi espalda y me enseñó su obra. Hice un gesto con el puño cerrado y el pulgar hacia arriba aprobando el resultado.

Minutos después me tumbé de lado sobre mi camastro. Me resultaba complicado borrar de mi mente a Morgan y sus amenazas de muerte. Estaba cansado de mantenerme alerta a cada segundo, y de las escasas horas de sueño. ¿Cuánto tiempo resistiría así? Todo eso alteraba mi estado de ánimo.

De golpe sentí una mano en el hombro y en el acto pensé que intentaban agredirme. Sin dudarlo lancé un puñetazo hacia atrás que impactó en la cara de alguien. Me encontraba con el pulso acelerado y con todo el cuerpo rígido como una tabla de acero. Si venían a por mí, les costaría caro. Por desgracia, los nervios me habían jugado una mala pasada. En el suelo se encontraba Varejao con una mano en la mejilla, dolorido, y las gafas en el suelo, rotas en un cristal.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás loco o qué? —preguntó el portugués visiblemente molesto.

—Lo siento —dije tendiendo la mano—. Te confundí con otro.

Varejao cogió sus gafas y me estrechó la mano para incorporarse. Hizo un gesto de decepción al comprobar la rotura de la lente. Un guarda miró hacia donde estábamos nosotros, pero al comprobar que la situación se tranquilizaba relajó su postura y regresó a su puesto, aliviado.

—No te preocupes. Te compraré otras. Solo dime el precio —le dije, sintiéndome mal por esa lamentable confusión. El incidente me sirvió para percatarme de que los nervios me gobernaban, a pesar de que la tranquilidad que desprendía de cara al exterior.

—*Obrigado* —dijo colocándose de nuevo las gafas—. Te lo diré más adelante, porque ahora quiero entregarte el teléfono prometido. ¿Me acompañas?

—Claro —dije pensando en la inmensa alegría que sentiría al oír la voz de Amanda. Estaba ansioso por saber qué había hecho esos días anteriores con Scott y mi madre.

Caminamos hacia las duchas. Todo el pabellón estaba tranquilo, como de costumbre. El televisor emitía imágenes de noticias de una

cadena local que pocos atendían. La mayor parte de los presos dormitaba en sus literas.

Al entrar en las duchas, observé cómo un preso se lavaba los dientes con una toalla sobre el hombro. En cuanto nos vio, escupió la pasta y se marchó a toda prisa, lo cual me dejó desconcertado. Un silencio se apoderó de las duchas mientras Varejao golpeaba una baldosa en el suelo y extraía un paquete envuelto en papel de aluminio. Me fijé en que sudaba más que nunca.

—Toma, aquí lo tienes —dijo incorporándose y dando un paso atrás.

Lo abrí con ansia, pero enseguida me di cuenta de que me había tendido una trampa. Dentro del paquete no había más que inútiles servilletas. Las lancé con rabia al suelo.

—Lo siento, Cassel, mmm... me... amenazaron —dijo titubeando el portugués antes de desaparecer por la puerta a toda prisa, como una comadreja.

Oí un clic metálico a mi espalda. Al girarme sentí cómo mi cuerpo se llenaba de adrenalina. Morgan me apuntaba con una pistola y en su cara dibujaba una expresión de arrogancia. Tragué saliva.

—Ha llegado la hora de ir a dormir para siempre, bastardo francés —dijo Morgan a unos diez metros de distancia.

—Estoy seguro que podemos arreglarlo de alguna manera —dije esforzándome por mantener la calma. Sabía que correr no serviría de nada. Una gota de sudor me resbaló por la frente.

—Nadie ha dicho que esto fuera una negociación —dijo Morgan manteniendo el brazo rígido apuntando hacia mi pecho—. Vas a morir porque lo digo yo.

—Espera... —dije alzando la mano.

Pero Morgan apretó el gatillo, enseguida se oyó una detonación y la bala salió disparada. En el acto sentí una quemazón en el hombro izquierdo y luego caí al suelo, dolorido y sangrando.

—Ah... —dije.

Morgan maldijo al percatarse de su fallo, pero enseguida se acercó a toda prisa, apuntándome a un metro de distancia para no fallar por segunda vez. Cerré los ojos sabiendo que todo estaba perdido. Mi último pensamiento se lo dediqué a Amanda.

—¡Morgan, detente! —exclamó Ferguson apuntando con un rifle desde la entrada.

Morgan hizo oídos sordos. El cañón de la pistola seguía apuntándome al tiempo que su mirada desquiciada se fijaba en el centro de mi frente.

—¡Morgan, saldrás de esta prisión con los pies por delante! — insistió Ferguson.

Después de unos segundos más, Morgan al fin apartó la pistola de mi cabeza y lentamente alzó las manos con una sonrisa indolente. Me llevé una mano al hombro y me fijé que estaba sangrando.

—Esto no se ha acabado —susurró con un tono amenazante mientras era cacheado por Ferguson.

Lo miré sabiendo que más tarde o más temprano cumpliría su amenaza.

Capítulo 4

AMANDA

La sensación al volver al Bistró fue como la de regresar a un pequeño oasis en medio de la tormenta. Vestirme de nuevo con mi uniforme, palpar mi nombre bordado en la pechera, y verme frente al espejo me produjo una vieja sensación de *volver a casa*. Apenas habían transcurrido dos semanas, pero había sido un tiempo cargada de emociones y momentos dramáticos.

Fue agradable recibir la bienvenida de mis compañeros, aunque me vi en la obligación de hablar sobre la razones por las que aparecía en el restaurante mucho antes de lo previsto. Para ello reuní a mi equipo, entre ellos Melissa, y les solicité unos minutos de su atención antes de abrir al público.

—Amigos, la razón por la que estoy aquí es porque la boda se ha pospuesto. Por favor, no me preguntéis por los motivos, porque se trata de una larga historia, pero estoy bien y dispuesta a seguir trabajando como todos los días. Disculpadme si no soy muy comunicativa al respecto...

Melissa era la única que conocía la verdad y pensé que era lo mejor así. Además, me sentía tan abrumada por la situación que opté por dejar que se especulara con una posible ruptura entre Eric y yo, antes que se supiera su detención.

—Comprendo que no hayas querido decir nada —dijo Melissa en la oficina, el lugar donde preparaba los menús, hablaba por teléfono y gestionaba también el papeleo con RR. HH.— Yo también hubiese hecho lo mismo.

—Me temo que empezarán los rumores, quizá poco a poco a medida que pase el tiempo lo vaya contando. Además, quiero que se sepa de la injusticia cometida sobre él, pero ahora es todo tan reciente y doloroso...

—Me temo que se te han adelantado. Mira lo que dice el portal de Las Vegas-Review Journal —dijo señalando la pantalla del ordenador—. Es justo lo que quería el fiscal del distrito.

Leí donde señalaba Melissa. Fue como si un jarro de agua fría me cayese de repente. Una de las noticias del día trataba sobre mi prometido: «Eric Cassel, el famoso exjugador de fútbol, detenido por tráfico de drogas». Bajo el titular se explicaba con todo lujo de detalles cómo se detuvo a Eric y los cargos de los que se le acusaba. A un lado se mostraba la fotografía del fiscal del distrito, William Garrison, joven, trajeado y con una mirada felina. Se mostraba ufano por la detención y convencido de que Eric pasaría una larga temporada entre rejas. «Aquí en Las Vegas la justicia es igual para todos. No importa que seas un humilde peón de albañil o una estrella mundial», decía en la entrevista.

—Cuando termine todo esto le diré a Eric que haga todo lo posible por demandar a ese tipejo. Quiero verle cómo rectifica en público —dije mirando fijamente la foto de Garrison.

—No creo que ni gane la reelección.

Lancé un largo suspiro. Mis esfuerzos por ser discreta habían sido estériles. Es más, había quedado como una tonta ocultando algo que ya era de dominio público.

—No te preocupes. La gente sabe que no es sencillo manejarse en estos ... contextos —dijo Melissa, consolándome.

—Será mejor que me olvide de todo esto una vez. Está claro que es como una gran ola que nos arrastra a todos. ¿Sabes qué creo? Que lo peor está por llegar —dije invadida por un súbito pesimismo.

—Ni se te ocurra rendirte. Nada está perdido todavía.

Regresé a casa cansada aunque sumida en una enorme excitación por volver a trabajar, pues había sido enorme el deseo de moverme de nuevo entre los fogones e inundarme con los olores de la cocina. Además, también me venía bien para desahogarme del recuerdo intenso de mi Eric. La incertidumbre y el nerviosismo de los primeros días había dejado a una resignada tristeza por su ausencia, compartida por Marion.

Su traslado del hotel a mi casa había sido beneficioso para ambas, y nuestros roces debido a la ansiedad de la detención de Eric habían terminado. Había descubierto en Marion una mujer con un amor inmenso por su hijo, del que le gustaba hablar muy a menudo sobre sus travesuras y su carácter extrovertido. Su relación con Scott era estupenda, aunque a veces lo consentía en exceso con comidas y juguete, y me veía en la obligación de adjudicarme el papel de *aguafiestas*.

Por desgracia, esa estupenda armonía sufrió un giro repentino cuando Melissa se presentó de improviso en mi casa con una expresión fúnebre.

—Amanda, tenemos que hablar —dijo en el umbral de la puerta.

—¿Qué ocurre, Melissa? —pregunté con la mano en el pecho, angustiada porque intuía que se trataba de una pésima noticia.

—Mejor vamos a sentarnos.

—Me estás asustando —dije con un nudo en el estómago.

Ambas nos trasladamos al salón y tomamos asiento. Melissa llevaba un vestido gris sobre una rebeca del mismo color, lo que me indujo a pensar que no había dedicado mucho tiempo a elegir su vestuario. Eso solo podía significar ansiedad por llegar a mi casa. Apreté los puños esperando oírla.

—Me ha llamado David esta mañana.... Eric está bien, ¿vale? Pero le han disparado —dijo mi amiga cogiéndome de la mano.

La vista se me nubló por un instante y sentí un profundo mareo. Experimenté un sinfín de emociones, la tristeza y el miedo por el peligro que había corrido su vida, pero también alivio y felicidad porque estaba vivo. Sabía que él me necesitaría en un momento tan duro.

—Se lo contó Brian a David, pero no sabía si decírtelo o no. Yo le dije que eras mi amiga y que yo esperaba que te comportaras igual si eso me ocurría a mí —dijo mi amiga.

Guardé silencio, aún las palabras no me salían de la boca. Sentía que la vida se me estaba escapando de mi control, como si alguien no cesase de practicar el vudú conmigo.

—Gracias.... Melissa —dije con la voz quebrada—. Tengo que ir a verle como sea. ¿Cómo ha sido? ¿Lo sabes?

—No sabemos mucho sobre los detalles, pero, Amanda, Eric está vivo, eso es lo mejor —dijo rodeándome por los hombros, deseando transmitir su apoyo incondicional.

—Algo le debe estar pasando dentro. Hace días que no me llama. Seguro que ser un exfutbolista célebre atrae a personas indeseables. ¿Por qué no le dejaran en paz?

—No pienses en eso, Amanda. Tenemos que ser fuertes para que sepa que estamos aquí, pensando en él.

—¿Qué ocurre? —preguntó Marion acercándose al salón desde las escaleras.

Ninguna de las dos nos habíamos percatado de su presencia. Intercambiamos una mirada en la que sabíamos que se avecinaba una escena dramática.

—Nada, Marion —dije con una media sonrisa.

—¿Es Eric, verdad?—preguntó con un hilo de voz.

—Está bien, no le ha pasado nada grave —dije apresurándose para que no se dejara llevar por su imaginación—. Anda, siéntate con nosotras.

Marion obedeció, aunque con una cara de angustia.

—Estoy asustadísima... Decídmelo ya, por favor —dijo.

—Le han herido en un brazo de un disparo —dije temiendo su reacción—. Está perfectamente bien, ¿verdad, Melissa?

—Es un rasguño y está en buenos cuidados. No hay nada por lo que preocuparse, Marion.

Justo tras pronunciar esas palabras, mi futura suegra se desmayó. Melissa y yo acudimos a socorrerla.

—Melissa, trae un vaso de agua, por favor —dije.

Mientras mi amiga se dirigía a la cocina, pronuncié varias veces su nombre mientras le propinaba unos suaves cachetes. Sentí una enorme lástima por ella, resultaba inimaginable lo que debía estar sufriendo por su hijo. Yo también era madre y comprendía su estado de permanente desasosiego.

Poco a poco, Marion fue recobrando la consciencia. Con delicadeza, le colocamos el vaso en contacto con sus labios para que el agua le ayudara a despejarse. Melissa le abanicaba con el cojín.

—*Mon fils, mon pauvre fils, mon dieu ... ce qui doit être, il souffre, que faites-vous mal? quelqu'un me dire ...* —dijo Marion con la mirada perdida.

—¿Qué dice? —preguntó Melissa.

—No tengo ni idea —dije encogiéndome de hombros, desconcertada.

—*Je dois voir mon fils, Eric ... tu me manques tellement ... Vous êtes en danger, je sais. Sans leur mère ce qui va rendre les pauvres...*

—Parece que se ha desconfigurado... —dijo Melissa, sonriendo.

—No seas tonta, no bromees, que es una cosa seria —dije soltando un amistoso golpe en su brazo mientras reprimía la risa. Marion, mientras tanto, seguía delirando en francés. Me sentí mal por no evitar la sonrisa estúpida en mi cara, pero la situación mirada desde fuera resultaba de lo más cómica.

Marion parpadeó varias veces y su cara adquirió una expresión más normal. A continuación, la acompañamos al piso de arriba para que se tumbara un rato en la habitación de invitados.

Me despedí de mi amiga con un fuerte abrazo.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Moví la cabeza como diciendo *regular*. Observé cómo se introducía en el coche y se alejaba.

La casa volvió a quedarse en silencio, incluso oía mi respiración. Lágrimas de tristeza me humedecían el rostro en cuanto pensé en la terrible ansiedad que sufría Eric. ¿Cuándo acabará todo? Anhelaba casarme con él, comprometer nuestro amor y disfrutar cada día cómo si fuese el último. ¿Por qué tantos obstáculos? ¿Qué podía hacer yo?

Y lo único que podía hacer era para ayudarlo... acostarme con Jorge Ashen. Sentí un escalofrío al evocar su presencia. Si con eso evitaba que mataran a Eric en la cárcel, lo llevaría a cabo... Era asumible que permaneciera un año recluido, pero no que lo mataran.

Miré el número de Ashen durante unos instantes en llamadas recientes dentro de mi móvil. Lo marqué sintiendo que las manos me sudaban. Oí los tonos de las llamadas y, al descolgar, la voz áspera de Ashen.

Capítulo 5

ERIC

Al abrir los ojos lo primero que vi fue el rostro del alcaide, el Sr. Orison, mirándome como si fuera un espécimen extraño. Enseguida me asaltaron los recuerdos de Morgan disparando contra mí.

Mi hombro izquierdo estaba fuertemente vendado, aunque no sentía ninguna molestia o dolor.

—Buenos días, Sr. Cassel. Me alegro que se encuentre mejor. Le he traído uno de mis últimos cuadros —dijo el alcaide señalando a la pared—. Lo titulo “La orilla”. Como puede comprobar me encanta pintar playas paradisíacas, me relaja enormemente. Espero que le agrade.

Asentí con la cabeza, pues no me encontraba con ánimos de charlar. Percibí en el alcaide un gusto por cierta crueldad refinada. Con toda probabilidad disfrutaba mostrando esos paisajes de ensueño a presos torturados que buscaban desesperadamente la libertad. Al pintarlos él mismo, se sentía como un pequeño dios.

—Es usted un privilegiado de la vida —dijo el alcaide—. Es más, diría que posee un don sin igual. Sinceramente, no sé cómo lo hizo para escapar con vida de esa terrible emboscada.

—No sé de qué me está hablando —dije.

No deseaba confirmar o desmentir nada del incidente; prefería guardármelo para mí con el fin de evitar represalias de los presos. El alcaide sonrió de forma paternalista, luego miró su cuadro una vez más.

—Ya veo que usted es un hombre obstinado —dijo el alcaide—. Sinceramente, espero que esa actitud no le cause problemas mayores. Entonces, ¿cuál es su versión oficial?

Me quedé unos segundos pensando para ver cómo salía del paso. Los nombres de Morgan y Varejao no debían salir de mi boca.

—No sé qué pasó realmente. Lo único que recuerdo es ir a las duchas a tomarme un baño, y después oír una fuerte detonación y el dolor en el hombro. Luego apareció Ferguson como caído del cielo.

El alcaide mantenía una postura reflexiva, con la mano tapando su boca. Vestía con traje y una camisa rosa. En su mano observé una mancha negra, por lo que deduje que había estado pintando.

—Dígame, Sr. Cassel, si se iba a tomar una ducha, ¿por qué no disponía de toalla? ¿O es que en Francia eso no se lleva? —preguntó irónicamente.

Me maldije por caer en una cosa tan tonta.

—Se me olvidó en mi litera —dijo lacónicamente, deseando que terminara de una vez por todas.

—Ya veo —dijo no muy convencido—. Es algo que nunca comprenderé en general de la vida penitenciaria, Sr. Cassel, prefieren mantener su orgullo de macho antes que perder la vida tontamente.

—Yo, con un traje de marca, también veo las cosas desde otro punto de vista más... cómodo —dije, irónico.

Nuestra conversación se vio interrumpida por la presencia de una mujer joven y atractiva examinando una carpeta. Bajo la bata de médico llevaba una camisa azul y de su cuello colgaba un crucifijo bañado en oro. Colocó una mesa desplegable cerca de mi mesa y extrajo la mesa, donde colocó un bote con pastillas y agua.

—Sr. Orison, si ha terminado con el interrogatorio, me gustaría examinar al paciente —dijo con tono autoritario.

—Todo suyo, Srta. Rile —dijo el alcaide con una exagerada reverencia.

La médico, sin decir nada más, se acercó hasta mí y empezó a quitarme el vendaje.

—¿Cómo te llamas? —pregunté observando los delicados rasgos de su rostro. Sus intensos ojos azules me recordaban a Amanda y ambas debían de tener la misma edad.

—Anna —respondió sin mirarme.

Sus manos rozaban mi piel y me imaginé que era el roce de Amanda, esa bendita suavidad que me estremecía el alma y que añoraba a cada segundo.

—Ha tenido suerte, aunque quizá eso ya lo sabe. La bala ha entrado y salido limpiamente —dijo mirando la herida—. No ha dañado ningún hueso. Eso sí, le va quedar una bonita cicatriz el resto de su vida. Parece que no habrá ninguna complicación, y dentro de unos días podrá hacer vida normal, pero tendrá que llevar el vendaje.

—¿Sabe? Me recuerda mucho a mi prometida. Ambas tienen el mismo color de pelo y ojos.

—Bien, pues tome estas pastillas para evitar infecciones originadas por el metal de la bala —dijo tendiéndome un vaso de agua y varias pastillas.

—No me gustan las pastillas. Lo siento, Anna.

—Si no se toma las pastillas le inyectaré una aguja de veinte centímetros, ¿qué prefiere? —dijo mirándome seriamente.

Con resignación, tomé el vaso de agua y me fui tomando una a una las pastillas.

—Muy bien, así me gusta —dijo pasándome la mano sobre la cabeza como si fuera un niño.

—Necesito un teléfono doctora.

—No se preocupe, hablaré con el alcaide. Seguro... —dijo mientras me curaba la herida.

—No me lo va a dar, digamos que nuestra relación es... distante.

—Entonces, ¿qué quiere que yo haga?

—Déjeme el suyo.

—Pero eso es imposible. Eso va contra las reglas —dijo clavándome su mirada en la mía.

—Anna, se lo suplico. Es para hablar con Amanda, mi prometida. Hace días que no hablo con ella.

—Me pone en un compromiso, la verdad.

—¿Está casada?

La doctora dudó en responder. Seguramente temía revelar información a un preso que pudiera exponerla. Para ella no yo era más que un tipo con tatuajes y peligroso.

—Sí —dijo con timidez.

—¿Cómo se sentiría si no supiera nada de su esposo durante dos días?

La doctora se quedó pensativa, imaginando el desasosiego en el que estaría inmersa. Después suspiró.

—Está bien, está bien... —dijo sacando el teléfono del bolsillo de su bata—. Pero solo cinco minutos.

El ansia me dominó al marcar el número de teléfono de Amanda. Eran las cinco de la tarde, así que supuse que estaría en casa. Cuánto deseaba que ella estuviera a mi lado, darme la vuelta y que ella me lanzase esa mirada que me descomponía el corazón.

—Amor mío —dije al oírla descolgar. Le llevó unos segundos reconocer mi voz al llamar desde un número desconocido.

—Eric, cielo —dijo con emoción, y pude imaginar su bello rostro preocupado—. ¿Cómo está tu brazo? Estaba tan preocupada por ti... —susurró.

—Hubiese preferido que no supieras nada... —dije molesto porque pedí a mi abogado que fuera discreto, para así no preocupar a Amanda.

—Me habría enterado tarde o temprano... No te enfades con Melissa, yo hubiera hecho lo mismo por ella. Ocultarme las cosas no sirve de nada, es peor.

—Lo sé, pero al menos no decirte nada hasta que yo saliera...

—¿Cómo fue?

—Un accidente, de verdad. Estuve en el lugar equivocado a la hora equivocada. Eso es todo, amor mío.

—No te creo, cariño. Pero sé que lo dices para protegerme, para que no sufra por ti, por eso te amo locamente.

—Aún te queda Eric para rato. Sé cuidarme de mí mismo. Confía en mí, amor mío. Tarde o temprano volverá a casa.

La oí sollozar y eso me rompió el corazón. Durante un rato nos quedamos en silencio, solo oyendo la respiración del otro, unidos por el latido de un solo corazón. Yo tenía los ojos cerrados, enternecido por ese momento de intimidad. Por más que a veces todo pareciera en contra de nuestra relación, nadie nos podía privar nunca de esa química que existía entre nosotros. Química sexual,

sí, pero también esa química donde no necesitas hablar para que el otro sepa lo que piensa.

—Es como si estuvieras en la guerra. No sé si volveré a verte....

—dijo.

—Claro, el domingo, cuando vengáis a visitarme.

—Por supuesto. Allí estaremos.

—Aquí me estoy volviendo loco, pienso en todos los hombres que te rodearán esperando la oportunidad de tenerte entre sus brazos y...

—Cielo, no tienes nada de lo que preocuparte. Estoy enamorada de ti hasta la médula. No existen otros hombres para mí. Eres el único, créeme.

Sabía que era cierto, sin embargo, la agonía de la cárcel se cristalizaba con pensamientos, miles de pensamientos sin sentido, pero que poco a poco mellaban el espíritu de la persona. ¿Cómo aguantaban los presos décadas en este estado claustrofóbico? Lo ignoraba.

—No hago más que imaginarte en la cama, haciéndome el amor salvajemente, como siempre... Echo de menos que estés dentro de mí... —dijo.

Me agarraba con desesperación a sus palabras de cariño y amor.

—Me he imaginado mis muñecas apresadas en tus poderosas manos, obligándome a abrirme de piernas. Mis pezones duros, mi cuerpo listo para ti...

—Basta, Amanda, por favor... —dije sintiendo la erección.

Amanda convertida en mi fantasía erótica, inalcanzable, susurrándome desde un lugar remoto y difícil de acceder.... Me excitaba pensar que despertaba un deseo imperioso en ella. Ella me necesitaba y, como siempre, daba en la tecla de lo que yo necesitaba. En mi mente nuestros cuerpos se entrelazaban y mi lengua absorbía su maravilloso sabor al tiempo que la penetraba, disfrutando de esa cálida sensación. No veía la hora de follar con ella hasta que los dos nos sintiéramos exhaustos. El polvo que echaríamos al volver a vernos pasaría a los anales de la historia. No pensaba salir de su dormitorio en una semana. Me imaginé recorriendo su cuerpo con las manos, acariciando las curvas

sinuosas de su pecho y el clítoris al mismo tiempo. Ella gemía una y otra vez.

—Quiero tenerte... —dije.

—Aquí me tienes, desnuda...

Cerré los ojos mientras ella me susurraba obscenidades y yo las proyectaba en mi mente. Mordiendo suavemente sus pezones, llenando mi boca con su sensualidad, su ardor femenino...

Me imaginé que nuestras miradas se entrelazaban, ambos desnudos sobre la cama, con el tiempo detenido.

—Quiero estar contigo todo el tiempo —dije abriendo los ojos—, respirar el aire que tú respiras, abrazarte todos los días por la mañana, reírme contigo, asombrarme contigo de las cosas de la vida, quiero compartir mis sueños contigo, quiero envejecer contigo, quiero pasear contigo... Sin ti, soy un desgraciado.

Oí de nuevo cómo lloraba. No era mi intención hacerla sufrir, pero necesitaba decirle cuánto la amaba.

—Yo también quiero estar contigo —dijo entre sollozos—. Te quiero, amor mío.

La intimidad de ese momento era única, maravillosa y sirvió para que nuestra unión, la unión de dos almas heridas separadas por obligación, permaneciera intacta. Sentí que no existían barreras que nuestro amor no pudiera salvar.

Capítulo 6

AMANDA

Aquella mañana amanecí sin apetito y sintiéndome agotada después de una noche sin dormir. En unas horas me esperaba Ashen en un motel. Lo único que me sostenía en pie era saber que Eric saldría vivo de la cárcel y pronto lo volvería a abrazar. La intensa conversación telefónica de ayer me había animado a continuar con el plan. Debía sacrificarme porque lo amaba sin fisuras, y jamás me perdonaría si lo mataban en el Centro de Detención.

Miré el reloj: ya quedaba poco para la cita con Ashen. Como en nuestro primer encuentro, ni siquiera me arreglé. Me puse lo que primero que encontré en el armario, un pantalón deportivo y una sudadera. Una lágrima se fue deslizando por la mejilla a medida que me iba vistiendo. Sentí una mezcla de culpa y tristeza.

El claxon del coche de Melissa me sacó de mis oscuros pensamientos. Acordamos que ella me acompañaría hasta el motel, pues me preocupaba quedarme a solas con Ashen. Me relajaría saber que ella estaba cerca.

Me despedí de Marion contándole que mi amiga y yo íbamos a visitar a su madre enferma. La pobre no sospechaba nada pero era mejor así. Le dije que volvería pronto.

Melissa me lanzó una mirada seria en cuanto subí al coche. Ella sufría por mí, lo cual me hacía sentir aún más culpable, aunque no podía culparla por preocuparse por mí.

—Espero, de verdad, que esto salga bien, Amanda.

—Yo también. Ayer estuvimos hablando por teléfono. Se encuentra bien, pero dice que todo fue accidente. Lo conozco muy bien, me miente para protegerme, y eso hace que lo ame aún más.

—No lo hagas, Amanda —dijo con tono de súplica con las manos en el volante y el motor del coche ronroneando.

—¿Me queda otra opción, Melissa? Si Eric continúa en la cárcel, lo matarán tarde o temprano —dije mirándola fijamente.

—Pero tiene que haber otras formas de sacarlo de ahí.

—¿Se te ocurra alguna?

Melissa negó con la cabeza, resignada ante la evidencia de que solo había una solución al grave problema.

—Prométeme que será un secreto entre nosotras —dije tomándola del brazo.

Tragó saliva.

—Te lo prometo —dijo con la voz quebrada—. ¿Cómo sabes que cumplirá su palabra después de...?

—Antes de empezar me enseñará una declaración jurada donde afirma que estuvo presente en la conversación entre el Chapo y Guzmán, y que Eric no tiene nada que ver con el envío de la droga. Eso es lo que me dijo cuando nos conocimos en el restaurante.

Llegamos al motel, situado en el Strip, en una zona sin glamour donde se agolpan moteles, capillas, y clubs de striptease. Había exigido a Ashen que todo sucediese en un lugar discreto y con aparcamiento privado. El motel que tenía delante cumplía con ese requisito. Se trataba de un lugar dedicado sobre todo a extranjeros, y con acceso a las habitaciones desde el exterior. Muchos de los empleados eran clientes mismo del hostel que costeaban su estancia a cambio de pequeños trabajos.

Era un edificio de color rojizo y de dos plantas, donde se respiraba un ambiente tranquilo, casi deshabitado. Una canasta de baloncesto se mostraba solitaria junto a un comedor diseñado para temporadas primaverales.

Detuvimos el coche en frente de la habitación número 105.

—Amanda, tengo miedo por ti —dijo Melissa observando todo el hostel.

—Yo también —dije observando a un joven que nos miraba desde un banco fumando con absoluta parsimonia—. No sé qué hacer... Vámonos, Melissa. Esto es una mala idea...

—¿Seguro? —preguntó mirándome con las cejas levantadas.

Suspiré. Los nervios se estaban apoderando de mí y ya no sabía ni siquiera pensar correctamente. Me temblaba todo el cuerpo.

—No, nos quedamos. Perdona, Melissa.

Mi amiga se inclinó para coger el bolso que había guardado en el asiento de atrás. Hurgó durante un buen rato hasta encontrar una petaca

—Toma te he traído esto. Pensé que quizá lo pudieras necesitar —dijo agitándolo—. Bebe un trago, lo necesitas.

Sin pensármelo dos veces, tomé la petaca y me la llevé a los labios. El amargo sabor del whisky humedeció mi boca, luego bajó hasta el estómago donde percibí una ligera quemazón. Una pizca de alcohol ya corría por mis venas. Me llevé de nuevo la petaca a los labios, pero esta vez tomé dos largos sorbos. Necesitaba calmar la inquietud que me dominaba. ¿Un trago de whiskey era el mejor remedio? No lo sé, pero creo que mentalmente ayudaba, como un placebo.

—¿Cómo es? Quiero decir físicamente... —dijo Melissa.

—Debe tener unos cuarenta años, casi cincuenta diría yo. Latino, con el pelo canoso y con sobrepeso... —dije casi de forma automática. Conocía bien los detalles de su rostro, pues lo había visto muy cerca en mis sueños—. Tengo pesadillas en las que sale él.

—¿De verdad?

Asentí mientras tomaba un nuevo trago.

—Me desperté la otra noche bañada en sudor y con Marion mirándome, asustada.

—Lo siento, debió de ser horrible.

—Y que lo digas —dije evocando la escena en mi cabeza.

Miré el reloj: había llegado la hora. Quizá ya estuviese esperándome en la habitación, pero no habían ningún coche en el aparcamiento más que el nuestro. Antes de apearme, me abracé largamente con mi amiga.

—Estaré aquí si me necesitas —dijo Melissa.

Le agradecí su apoyo incondicional con una media sonrisa, pues era lo máximo adónde llegaba en esas circunstancias. Caminé hacia la habitación con lentitud, dejando que mi mente se quedase vacía de dudas y arrepentimientos de última hora. Solo había espacio para pensar en Eric y en lo pronto que lo disfrutaría de nuevo en mi vida, sano y salvo.

El joven del banco me lanzó una mirada curiosa y siguió fumando con la mirada colgada del cielo encapotado de Las Vegas.

Llamé a la puerta con el corazón latiendo a mil por hora y las manos temblorosas. Nadie contestó, por lo que volví a llamar. Giré la cabeza para mirar hacia atrás. Melissa me miró, encogiéndose de hombros. Repasé los datos de la cita y supe que me encontraba en el sitio correcto a la hora acordada. Sin muchas alternativas, moví el pomo de la puerta. Para mi sorpresa estaba abierto, así que entré, extrañada.

Un rápido vistazo me hizo llegar a la conclusión de que no había nadie más que yo. La habitación era austera, con solo lo imprescindible: una cama individual, un baño y una taquilla para dejar pertenencias personales. Daba la impresión de que no se necesitaba más, y no era extraño ya que los clientes pasaban el día fuera visitando la ciudad y solo acudían a dormir.

Entré al baño y me refresqué la cara. Estaba a punto de cometer una ilegalidad y eso me estaba desquiciando. Anhelaba que todo terminara cuanto antes; volver a casa...

—Por favor, perdóname, Eric —susurré mirándome al espejo, dominada por la culpabilidad.

Oí unos pasos que caminando por el pasillo. Mi pulso se aceleró. Los pasos se detuvieron justo enfrente de la puerta de la habitación. Era él. Era Jorge Ashen. La puerta se abrió y el hombre entró con una carpeta bajo el brazo. Lucía una sonrisa aceitosa.

—Disculpa el retraso. Se me había olvidado la declaración jurada —dijo señalando la carpeta—. Tuve que volver a por ella.

Lo miré sin decirle nada. A continuación me entregó el documento y me senté en el borde de la cama para leerlo. Me llevó unos largos diez minutos mientras Ashen me miraba de arriba a abajo.

Una vez que finalicé, lo guardé en mi bolso ante la atenta mirada de Ashen. Después me levanté y, a través de la ventana, efectué un gesto a Amanda con la cabeza. Quería hacerle ver a Ashen que venía acompañada.

—Ya veo que has traído escolta. No tienes nada por lo que preocuparte —dijo Ashen.

Odiaba a ese hombre de una forma visceral, como nunca había odiado antes a ninguna persona. Por él, el mundo me parecía

siniestro y repugnante, codicioso.

—Acordamos que duraría una hora —dije bruscamente.

De mi bolso saqué una caja de condones y le dejé uno sobre la cama. Ni por asomo pensaba acostarme con él sin ninguna protección.

—Está bien, preferiría hacerlo a pelo, pero lo comprendo —dijo con resignación.

Puse la alarma del reloj y guardé el móvil en el bolso. Esperaba que algo sucediera de repente que le impidiera hacerlo, pero nada ni nadie acudiría a salvarme. Estaba condenada para siempre.

Me tumbé sobre la cama y cerré los ojos. Las lágrimas fueron deslizándose sobre mi mejilla, imposible contenerlas. Ashen se abalanzó sobre mí...

Capítulo 7

ERIC

Al cabo de un par de días me encontraba de nuevo de vuelta al pabellón de los reclusos con el hombro vendado. Apenas un par de miradas curiosas siguiéndome hasta mi litera, y poco más en cuanto al cálido recibimiento de mis compañeros.

Me sentía contento porque había salvado mi vida de la forma más afortunada posible, pero al mismo tiempo sabía que no era razonable tentar a la suerte demasiadas veces seguidas. La sombra de Morgan era demasiado alargada y sentí que me perseguía a todos los rincones de la cárcel y de mi mente.

En ese momento, no sé muy bien por qué, recordé mi último pensamiento antes de que Morgan apretara el gatillo. Se trataba de Amanda, y eso no era nada extraño. Aprendí que cuando uno está a punto de perder la vida, es mucho mayor el dolor al saber que no volverá a ver a la persona amada, más que la muerte en sí. Agradecí permanecer vivo porque eso significaba que dispondría de más tiempo para disfrutar de Amanda.

Estaba tumbado sobre mi camastro, perdido en mis pensamientos amorosos cuando oí la voz de Ferguson desde el otro extremo del pabellón. Me levanté y, con cierta desgana, me acerqué hasta la reja de entrada.

—¿Qué pasa, Ferguson?

—Estás libre, Cassel —respondió seriamente, como si me estuviera informando de la hora.

—¿Qué?

—Como lo oyes. Estás libre, así que muévete. Da un paso hacia atrás, voy a abrir la reja.

Obedecí, aún desconcertado. No podía dar crédito a lo que estaba sucediendo. Una inmensa alegría me desbordaba. De repente, mi cuerpo parecía recuperar todo el vigor perdido. No

dejaba de sonreír, originando un curioso contraste entre la seriedad de Ferguson y mi explosión de felicidad. Estaba inquieto, nervioso e imaginando la reacción de Amanda, Scott y mi madre al verme libre. *Magnifique!*

Antes de cruzar la puerta, me giré para despedirme con un gesto seco de la cabeza de los latinos que me habían pedido un autógrafo el primer día. Como es obvio, no me molesté en buscar con la mirada ni al portugués, ni a Morgan, ni a sus secuaces. Dejaba atrás todo eso con una espléndida sensación de victoria.

Por última vez caminé por el pasillo donde los guardias se turnaban para vigilar el pabellón. Casi ninguno levantaba la cabeza al verme, para ellos era un recluso más que se marchaba. Pensé en lo poco que iba a echar de menos aquel horrible sitio que casi acaba conmigo.

—Espero que no vuelvas por aquí. Este no es lugar para ti, Cassel —dijo Ferguson.

—Créeme, no fue mi intención pasar unas vacaciones de tres semanas —dije con una amplia sonrisa. Luego recordé que gracia a él seguía con vida—. Si no hubieras llegado a tiempo aquella noche, quizá ahora estaría bajo tierra. Gracias, Ferguson.

—No hice más que cumplir con mi trabajo, Cassel. No me caes mejor o peor que otros presos —dijo sin inmutar su expresión seria.

Cruzamos varias rejas que se abrieron a nuestro paso. Al final de un largo pasillo me esperaba Brian Alder. Lucía una esplendorosa sonrisa, por fin sabría el motivo de mi repentina liberación.

El abogado se fundió en un abrazo conmigo, antes de que pudiera decirle nada. A continuación, me miró fijamente, exultante.

—Cuánto me alegro que estés libre, Eric.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo es que ha sido tan de repente? No es que me queje, por supuesto...

—El testigo, Jorge Ashen, ha sido la clave. Cambió de opinión y con su testimonio la fiscalía poco ha podido hacer en contra de tu inmediata puesta en libertad.

—¿Cambió de opinión, así sin más? —pregunté frunciendo el ceño.

Alder no me respondió enseguida, con un gesto me pidió que firmara una documentación sobre el mostrador y que examinara mis

pertenencias, que un empleado depositaba sobre el mostrador. Entre ellas, mi reloj Patek Philippe.

—No le des más vueltas al asunto, Eric. Quién sabe lo que le haya hecho cambiar de idea. La conciencia, qué sé yo... ¿Tiene eso alguna importancia? Disfruta de tu familia eso sí es lo importante.

No podía mostrarme más de acuerdo con mi abogado, así que no insistí. También me entregaron la ropa con la que ingresé en el Centro de Detención.

En un cuarto aparte, me cambié. Me costó concentrarme en una tarea tan sencilla, no solo por el vendaje, sino por la emoción me embargaba y no prestaba atención a lo que estaba haciendo en ese momento. Mis pensamientos estaban en lo que sucedería nada más pisar la calle.

Al abrir la puerta del vestuario, mi corazón soltó un respingo. Delante estaban Amanda, Marion y Scott. La expresión que contemplé en sus caras nunca se me olvidará. ¿Cómo explicarlo? Era la definición de la completa felicidad. Abrí un brazo —pues el otro estaba vendado— para abarcarlos a todos y me fundí en un abrazo que me enriqueció el alma. Después de una experiencia tan penosa, sentir el calor de sus cuerpos fue una de las experiencias más maravillosas.

—¡Qué ganas tenía de veros! —exclamé, emocionado.

—Y nosotros —dijo Amanda acariciándome la mejilla.

Nunca la había visto tan radiante, tan hermosa y con una mirada tan arrebatadora. Estaba como poseído por una inmensa fuerza que me impedía dejar de acariciarla. Estaba atado a ella de todas las formas posibles. La besé en los labios repetidas veces, como si debiera cerciorarme que no era todo un cruel sueño.

Después mi madre centró toda mi atención. No podía dejarla de lado después de toda el sufrimiento que le había causado.

—¿Cómo estás, hijo? ¿Estás bien? —preguntó mirando mi brazo vendado, y con los ojos empañados de lágrimas.

—Sí, mamá, estoy bien. ¿Y tú, cómo estás?

—Contentísima. Las navidades se nos han adelantado, esto es un milagro.

La adoraba. Ella siempre había estado a mi lado en los malos y en los buenos momentos.

Por último, quedaba el pequeño Scott. Lo sostuve con un solo brazo y le saludé con el beso esquimal, esto es, restregando las narices. Me dio un par de sopapos amistosos en la mejilla.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó con su característica voz aguda.

—Digamos que estaba un pelín ocupado —respondí, irónico—. ¿Me has echado de menos, Scott?

El pequeño asintió con la cabeza moviendo su flequillo rubio graciosamente. Antes de pasarlo a su madre, le besé en la frente.

Todos estábamos listos para salir de la cárcel y no volver nunca más... Brian, que había observado el reencuentro familiar a una prudente distancia, dio un paso adelante para estrecharme la mano.

—Me despido para que puedas disfrutar de este momento en la intimidad, Eric —dijo mostrando su sonrisa de costumbre—. Estaremos en contacto para los últimos detalles sin importancia.

—Gracias por todo, Brian. Nos veremos pronto quiero que me pongas en contacto con Ashen para agradecerle que fuera fiel a la verdad. Sin él, no estaría aquí ahora mismo —dije sabiendo que debía mostrarme agradecido.

—Déjalo para más adelante —dijo Amanda bruscamente.

—Gracia a él estoy libre, lo menos que puedo hacer es darle las gracias —dije extrañado por las maneras de Amanda.

—Como quieras, Eric —dijo ella enfilando hacia la puerta de salida.

Mi madre, deseando aliviar la tensión, se volvió hacia mí.

—¿Tienes hambre? ¿Qué te apetece comer? ¿Alguna *delicatessen*?

Me prometí que comería solo un plato nada más salir en libertad.

—Quiero comerme una buena hamburguesa con queso —dije rodeando a mi madre por los hombros.

—Y yo también —dijo a lo lejos Scott alzando el dedo.

Todos se rieron. Al fin estaba de vuelta a la vida.

Después de saciar mi apetito con una comida *decente* llena de calorías, nos dirigimos a casa. Les dije que estaba exhausto y que

necesitaba tumbarme en la cama, pero era una mentira piadosa. En realidad, lo que deseaba era hacer el amor con Amanda hasta que el mundo se acabase. Ella y yo nos habíamos intercambiado miradas subterráneas durante el almuerzo y era algo que ambos deseábamos.

—Yo me encargo de Scott, no os preocupéis —dijo mi madre nada más llegar a casa, guiñándome un ojo.

—Gracias, mamá —dije mientras subíamos las escaleras Amanda y yo cogidos de la mano.

Al llegar al rellano me giré hacia ella.

—Si solo supieras cuanto te he echado de menos, amor mío —susurré mientras le apartaba el pelo de la cara, con una mano temblorosa.

Su mirada destilaba ese brillo que tanto me enamoraba. Ella no solo me miraba, me traspasaba por completo poniendo mi mundo patas arriba. Habían transcurrido tres semanas sin ella, pero a mí me habían parecido dos siglos.

—En la cárcel me he dado cuenta que prefería morir antes que vivir sin ti, mi amor —dije.

—Cariño, lo he pasado fatal sin ti. Eres todo lo que necesito y por favor, prométeme que nunca pasaremos algo así de nuevo. No lo soportaría.

—Te prometo que todo irá bien. Nos casaremos y seremos muy felices.

Sentí un añorado hormigueo cuando la besé. El sabor de su boca me supo como la primera vez, fresco, dulce, intenso... Ella me rodeó con sus brazos. Nuestros cuerpos volvían a latir al unísono, volvían a sincronizarse, recuperaban el ritmo vital que los mantenía unidos.

Sin dejar de mirarla, la conduje al dormitorio, anhelando poseerla. Paseé la mirada y suspiré de alivio al comprobar que nada había cambiado. Todo seguía igual como la última vez que dormí aquí, arropado por la erótica calidez de Amanda.

Me desabotonó la camisa a toda velocidad mordiéndose el labio. Me estremecí al sentir la ternura de sus manos deslizándose sobre mi pecho desnudo. Ella me adoraba y eso me excitaba aun más. Me

despojó de la camisa con cuidado, pues el vendaje exigía cierta cautela.

—Quiero ver tu cuerpo de semental —dijo mientras tiraba la prenda de ropa al suelo.

—Soy tuyo y de nadie más —dije tomándola por la cintura, deseando estar dentro de ella y cumplir la fantasía que me había perseguido durante mi estancia recluido.

La tomé por la cintura mientras volvía a besarla, luego mi mano aterrizó sobre su fenomenal trasero, apretado gracias a sus vaqueros ajustados. Enseguida el pene despertó de su forzoso letargo y se fue desperezando, desesperado por entrar en combate.

Solté una ráfaga de tiernos mordiscos sobre su cuello y hombros. Ella, a su vez, se relamía palpando los músculos de mi espalda con una mano bien abierta que descendía vertiginosa, y que cruzó la frontera hasta agarrarme las nalgas por debajo del pantalón. Ella estaba caliente y ya nada nos podía detener en el camino a un polvo memorable.

Me resultaba imposible contenerme. De un tirón le bajé el top y sus pechos quedaron al descubierto. La oscura aureola, los pezones duros, las suntuosa curvas anunciando un legendario erotismo... Mis manos palparon todo ese esplendor como el ansia de un ciego, recorriendo cada milímetro de su piel y memorizándolo.

La erección alcanzaba su grado máximo, así que la abracé y nos dejamos caer sobre la cama, dispuesto a tomarla como si me fuera la vida en ello.

Capítulo 8

AMANDA

—Eric...

El calor me recorría todo el cuerpo mientras me asomaba a su magnética mirada gris. Me la habían arrebatado de forma injusta y casi acaban con ella, pero ya estaba de vuelta conmigo.

—Eres bellísima, mi amor —susurró metiendo una mano entre mis piernas y deslizando sus dedos entre mi sexo. Arquee la espalda, deseando que entrara en mí de la forma que él desease—. Quiero tenerte.

—Aquí me tienes... para ti, cielo.

Esbozó una sonrisa cargada de lujuria, deseaba penetrarme pero antes quería hacerme esperar un poco más, y eso era tan excitante... Con la punta del dedo dio vueltas alrededor a mi vagina.

—Por fin, te tengo delante... Te había gastado de tanto soñarte... —dijo concentrado en la tarea.

—¿A quién le hablas, a mí o a la vagina?

—A las dos —respondió curvando su boca en una nueva sonrisa astuta—. No he podido dormir ni comer pensando en ti, sufriendo porque no estabas a mi lado.

Su cuerpo estaba más delgado. Deduje que habría perdido unos cinco kilos, y un par de canas asomaban entre su melena. Lo había pasado mal, pero yo estaba para consolarle y amarle eternamente.

—Estás ya en casa. No tienes por qué volver a preocuparte, amor —dije jadeando—. Quítate los pantalones.

—Ayúdame, no puedo con este brazo vendado.

Con cierta torpeza, nos deshicimos de sus pantalones y los calzoncillos. Resultaba cómico vernos a los dos, desatados por la lujuria, aunque enfrascados en desabotonar el pantalón. Cómo se resistía el maldito.

Al fin su asombroso pene despuntó y, al agarrarlo con las dos manos, una ola de calor y deseo me recorrió el cuerpo. Lo arrastré

con ternura hacia la cama de nuevo, sintiendo cómo su pene se enderezaba más y más.

Me sentía feliz por recuperar de nuevo nuestra intimidad. Incluso podría decirse que incluso era más fuerte, más vital y más perfecta que antes.

Nuestras manos acariciaban el cuerpo del otro con una ternura infinita, deseando crear un inolvidable placer. Había algo en él, una pequeña vulnerabilidad, que a la vez me atraía y me preocupaba. Era un hombre herido por las circunstancias, física y emocionalmente y yo deseaba mostrarle que lo amaba, que me sacrificaría por él las veces que fueran necesario.

—Me haces tan feliz... —dijo con ternura.

—Y tú a mí también —dije agitando las caderas, impulsada por el deseo frenético que sentía por él.

La imagen de su boca devorándome los pezones me provocaba un torrente de lujuria insoportable.

—Cómo me excitas, Eric...

—Me encantan tus pechos. Saben de maravilla —dijo antes de humedecerlos una vez más.

Lo sentía por todo mi cuerpo, encima de mí, a la vez que su pene rozaba mis piernas como una fusta de acero dispuesta a partirme en dos.

—Dime que me quieres —supliqué acariciando su mejilla sin afeitarse.

Eric clavó su mirada gris en la mía, a escasos centímetros.

—Te quiero, Amanda —dijo metiendo dos dedos en mi sexo con una expresión de hombre travieso.

—Espacio —dije cerrando los ojos sintiéndole muy intensamente.

—Me encantaría vivir en tu vagina para comerte siempre que me diera la gana.

Asentí con la cabeza. Sabía cuánto le excitaba someterme.

Los muslos me temblaban cuando frotó sus dedos cadentemente tensando mi sexo. Me agarré a su brazo vendado, necesitaba tocarlo. En sus ojos percibí una serie de llamaradas que me excitaron. El gozo era tan salvaje, que estaba a punto de perder la cabeza.

—Bésame —rogué, casi sin respiración.

Las lenguas se unieron envolviéndose en una cálida humedad. ¿Quién dijo que los hombres no pueden hacer dos cosas a la vez? Allí estaba él, masturbándome con dos dedos prodigiosos y comiéndome la boca con desesperación y deseo.

Percibí la tensión y el desahogo que latían bajo su ardiente beso, después de largos días sin mí. No, esto no nos podía volver a suceder...

—Por favor —jadeé—. Córrete dentro de mí. Deja que te sienta.

—Amanda... —dijo llevándose la mano al pene para orientarlo hacia mi húmedo sexo.

Con su largo y fabuloso pene dentro mí nos estrechamos aun más el uno contra el otro. Era incómodo notar su brazo sobre mis costillas, pero la molestia era tan pequeña que no me distraía. Estábamos entrelazados como dos piezas de puzzle encajadas a la perfección; mis piernas sobre su espalda empujando para que me penetrara aun más.

Eric era mío, absolutamente mío, aunque no dejaba de sorprenderme que por fin estuviera a mi lado. Nuestra relación era de idas y venidas, plagado siempre de obstáculos y problemas, aunque siempre conseguíamos solventarlos. Nuestro amor era imbatible.

—Te quiero, Eric —dije con un gemido, apretando mi sexo para estrujarle.

Mi amigo y amante movía sus caderas de una forma frenética, proyectando en mí una fuente inagotable de deseo. Tragué saliva mientras acariciaba su espalda, percibiendo su fuerza bruta embistiéndome una y otra vez. Su olor corporal era intenso y eso también me volvía loca.

Llegué al orgasmo arrastrada por un terremoto de placer que hizo que mi sexo se viera sacudido por espasmos fuertes y desesperados. Su gemido fue de un portentoso hombre dotado para el sexo, y luego se desmoronó sobre mí con su mirada ida, jadeando y exhausto.

Me encantaba cuando ambos nos quedábamos enganchados a través de su formidable pene después de correrlos, recuperando el fuelle y aprovechando cada segundo antes de la irremediable

separación, inmóviles. Era cuando volvía a aflorar el inmenso amor y cariño que nos mantenía unidos.

Al acariciar su espalda una lágrima se deslizó por mi mejilla; la emoción del reencuentro... Eric la secó absorbiéndola con la boca, demostrando su comprensión y necesidad. Yo sentía lo mismo, aunque mi secreto me oprimía el corazón, y estaba espantada ante la posible reacción de Eric si se enteraba.

—¿Qué te pasa, cariño?

—Nada, estoy feliz. Solo es eso —respondí con una media sonrisa, dolida por ocultarle el motivo de que disfrutara de su libertad.

Me cubrió la cara con besos cortos llenos de ternura.

—Yo también —susurró.

Me abracé a él aun más, esperando que mi propio temor remitiera, pero no era suficiente para mí. Debía de poseerlo completamente, en todos los sentidos porque así me sentía segura y a salvo.

Eric se apartó para mirarme.

—No me voy a ninguna parte, Amanda. Estoy aquí, contigo para siempre.

—Lo sé —dije sin mirarle.

—Perdóname —dijo, emocionado de repente.

—No tengo nada que disculparte —dije volviendo a mirarle, mientras le acariciaba la mejilla. Era tan atractivo que dolía el alma.

—Si yo no hubiera ido al aparcamiento aquella tarde a por droga, nada de esto hubiera pasado. Los latinos no hubieran podido nombrarme y meterme en semejante lío. Es culpa mía...

Frustrada por su insistencia, me sentí molesta y me aparté de él, dándole la espalda.

—¿Qué ocurre, amor mío?

—Nada —respondí, frustada.

Anhelaba desvelarle el secreto, pero aquella podía ser el principio del fin y yo no lo deseaba. Solo de pensarlo me entraban escalofríos. Pasó sus manos sobre mi brazos, tratando de ofrecer calor a mi cuerpo frío y rígido, pero no me atrajo hacia él.

—Quiero casarme lo antes posible. Mañana mismo si es posible —dijo.

—¿Y los invitados?

—Me da igual.

—Sería una decepción para mis padres, les dolería mucho.

—Avisémosles ahora mismo, que cojan el primer avión para Las Vegas. Quiero que seas mi esposa, Amanda, para siempre. Ahora.

Asentí. Yo también lo deseaba, y esta vez albergaba la corazonada que sería para siempre. Nunca me había sentido más unida a una persona emocional y físicamente.

—Quiero esperar a que todos los invitados regresen, como si nada hubiera pasado. Podemos esperar un poco más... —dije.

Eric soltó un bufido de frustración.

—Estoy cansado de esperar, Amanda. He perdido dos semanas de mi vida, y ya no quiero retrasar nuestra boda por más tiempo.

—Abrázame —dije necesitada de su afecto y protección. Me prometí que sería la última vez que dejaba entrever mi miedo por el secreto. A partir de ese momento, me conciencí para enterrarlo en lo más profundo de mi subconsciente.

Eric me abrazó en silencio. Cerré los ojos y coloqué mis manos sobre las suyas.

—Me he hecho un tatuaje.

—¿Dónde? —pregunté girándome hacia él.

Me mostró la espalda. Deslicé la mano sobre mi nombre dibujado bajo el cuello. Era tan romántico... Rompí a llorar y Eric me abrazó.

—Nos casaremos cuando quieras, amor mío.

Por la noche volví a sufrir otra pesadilla.

«Me encontraba de nuevo en esa especie de monasterio, estilo gótico, caminando por un largo pasillo decorado con candelabros decimonónicos. Sentía un temblor en mis manos y un incómodo vacío en el estómago. A mi lado descubrí a Melissa, ataviada con una larga túnica oscura.

—¿Qué estamos haciendo aquí? —pregunté, ansiosa.

Pero mi amiga guardaba completo silencio.

—Vamos a ver a Ashen —dijo Marion de repente, al otro lado.

Mi corazón dio un respingo al oír ese nombre de amargos recuerdos. Pensé que jamás lo volvería a ver, pero por lo visto me equivocaba.

—¡No, Ashen no! —exclamé.

—No hay otro remedio, Amanda —dijo Melissa sujetándome por un brazo—. Lo siento.

—Pero Eric ya está afuera, ha logrado salir... No entiendo... — dije y me di media vuelta para escapar, pero mi amiga y Marion me lo impedían agarrándome con una fuerza inaudita.

—Amanda, no nos lo pongas más difícil. Cuanto antes termines, será mejor para todos.

—¡No! —exclamé otra vez con una voz desgarrada.

Logré zafarme de su presión y corrí con todas mis ganas hacia una puerta de madera, pero estaba cerrada con un enorme candado. Golpeé la puerta con desesperación. Nada ocurría salvo el tintineo del metal y el eco de los pasos de Melissa y Marion dirigiéndose hacia donde yo estaba.

—Amanda, espera. Tenemos que hablar contigo.

Antes de que me atraparan, salí corriendo por unas escaleras de piedra. A través de una ventana observé el exterior. Bajo un cielo nublado se extendía un paisaje gris y lúgubre. A lo lejos se veía el mar rompiendo con estrépito contra un acantilado. Olía a tierra húmeda por todas partes.

—¡Amanda!

Me sobresalté al oír la voz áspera de Ashen.

—¿Dónde estás? ¡Ven! —exigió.

—Cumplí con mi parte. ¡Déjame en paz!

Seguía bajando por las escaleras, cada vez más cansada... De pronto, sentí que varias manos me tiraban de los hombros... Sentía un pánico cada vez mayor...

—¡No quiero estar con él! ¡Basta, por favor! —exclamé, desesperada Pero Ashen seguía acercándose con la mirada perversa».

Chillé.

Capítulo 9

ERIC

En mitad de la noche me desperté al percatarme que Amanda murmuraba en sueños y se movía inquieta de un lado a otro de la cama. Al principio no comprendía sus palabras, pero poco a poco se fueron volviendo más inteligibles.

—No, a Ashen, no —susurraba bañada en sudor y con expresión de angustia.

Me arrimé a ella con una mezcla de preocupación y extrañeza. ¿Por qué nombraba a Ashen? ¿Qué tenía que ver con ella? Coloqué una mano sobre su brazo para despertarla con cuidado.

—Amanda...

Pero ella continuaba sumida en una especie de delirio frenético.

—Cumplí mi... parte, déjame en paz —dijo con un tono de voz más alto.

¿Qué está soñando? ¿Y con Jorge Ashen? ¿A qué se refería con «cumplí mi parte»?

Amanda soltó un grito y abrió los ojos de par en par. Su pecho se inflaba y se hundía debido a su respiración jadeante. La frente le brillaba por el sudor.

—Amanda, es una pesadilla —dije, preocupado de ver a la mujer de mi vida sufriendo, con la cara pálida.

Guardé silencio para que ella se recobrara paulatinamente, sin atosigarla. Encendí la luz de la mesilla de noche, y me levanté para secarle el sudor con una toalla del baño. Al regresar, llamaron a la puerta con timidez. Sin dejar de mirar a Amanda, abrí la puerta.

—¿Está bien? —preguntó mi madre en voz baja con un mano en el pecho.

—Sí, mamá. Solo ha sido una pesadilla. No te preocupes, vete a dormir —dije sosteniendo la mano sobre el pomo de la puerta.

—Estoy preocupada, hijo. No es la primera vez que tiene pesadillas.

—¿Ah, no? —pregunté con el ceño fruncido, preocupado por si Amanda se encontraba peor de lo que pensaba en un principio.

—Hace dos noches también sufrió otra. Algo le pasa me parece a mí.

—Está bien, mamá. Veré que puedo hacer. Ahora ve a dormir, por favor. No me gusta que te desveles.

Una vez que mi madre prometió que volvería a la cama, cerré la puerta y, inmerso en un gran desasosiego, regresé junto a mi amada para sacarle el sudor de la frente.

—¿Cómo te encuentras, amor? —pregunté acariciándole el brazo, deseando que recuperara su estado normal. Un profundo silencio nos rodeaba, por instinto miré el reloj del despertador. Eran las tres y veinte de la madrugada.

—Bien —dijo con un hilo de voz, tumbada de lado.

—¿Necesitas algo? ¿Un vaso de agua?

—No, gracias. Estoy bien —dijo mirando hacia un rincón indeterminado del dormitorio.

—Mi madre dice que no es la primera pesadilla que sufres... — dije esperando que ella me dijese algo sin presionarla demasiado.

—Estoy bien, de verdad... —dijo de nuevo sin mirarme.

—Háblame, amor mío, dime lo que pasa. ¿Por qué soñabas con Ashen? No dejabas de nombrarlo...

—No lo sé, cosas de los sueños... qué se yo.

Llevaba con ella el tiempo suficiente para saber que algo me ocultaba, ese distanciamiento... esa persistente melancolía en sus ojos... Mi cerebro empezó a maquinarse y recordé un fragmento del reencuentro ocurrido en la prisión. Cuando expresé que deseaba agradecer a Ashen su inestimable ayuda para mi puesta en libertad, Amanda me quiso disuadir de verme con él. ¿Por qué iba a interponerse entre el hombre que me había salvado y yo? Entonces lo vi claro, fue como si alguien me hubiera apartado la venda de los ojos...

—¿Cuánto le habéis pagado para que declarara a mi favor? — pregunté tirando de ella hacía mí, deseando que me mirara a los ojos.

—Nada. Nadie de nosotros dispone de tanto dinero para sobornos, Eric... ¿Cómo iba a acceder a tus cuentas?

—Pero, entonces ¿qué le habéis dado? ¿Cómo es que ha cambiado de opinión tan de repente? ¿Por qué soy el único al que le sorprende?

Amanda me dio la espalda de nuevo, refugiándose en el silencio. Temía saber la verdad, pero necesitaba saberlo de una vez por todas. Ocultarlo solo provocaba que mi desasosiego aumentase.

—Amanda, dímelo...

La tomé del brazo con fuerza para que me mirase a la cara, pero ella se resistía.

—Me haces daño...

—¡Dímelo de una vez, maldita sea! —exclamé, frustrado, liberándola de mi opresión.

—Vas a despertar a Scott —dijo volviéndose otra vez hacia su lado de la cama.

Me coloqué encima de ella. Estaba dispuesto a saber la verdad, costase lo que costase.

—¿Qué le habéis dado? ¡Dímelo, Amanda! —exclamé, sujetándola por los brazos para que dejase de revolverse, pero por accidente golpeó su móvil y cayó al suelo, rompiéndose la pantalla.

—¡Vete de mi dormitorio...!

—No, hasta que me lo digas. No puedes ocultarme una cosa así... Es demasiado grave. ¿Qué fue?

—No, no lo quieres saber.

—¡Dímelo!

—¡Me acosté con él! —exclamó mirándome a los ojos.

La revelación me golpeó el alma. Fue como si una bomba nuclear estallara dentro de mí arrasando mi corazón, dejándolo en coma, moribundo. Todo encajaba: su actitud, su misterio, sus pesadillas...

—¿Cómo pudiste hacer una cosa así? —pregunté, furioso.

—¡Quería salvarte!

Estaba destrozado. Imaginarme a la mujer de la que estaba perdidamente enamorado siendo penetrada por otro, me sacaba de quicio. No atendía a razones, la imagen era tan poderosa, tan abrumadora que me envenenaba de arriba a abajo. Era imposible pensar con claridad.

—¡Estúpida! No hacía falta, lo tenía todo controlado...

En ese momento, la odié con todas mis fuerzas aunque en el fondo sabía que en realidad me odiaba a mí mismo por haberla fallado.

—Estuvieron a punto de matarte, ¿no tenías nada controlado!

La liberé de las muñecas y me aparté. Ella rompió a llorar, pero yo no podía consolarla ni agradecersele... Me despreciaba a mí mismo por no evitar que cayera en las garras de Ashen. Ahora ella se sentía mal consigo misma y todo era por mi culpa.

Abrí el armario y cogí algo de ropa: unos vaqueros y una rebeca. Sentía que la atmósfera me agobiaba, necesitaba una salida, tomar aire fresco.

—¿Adónde vas? —preguntó Amanda.

—No lo sé —dije mientras me cambiaba a toda prisa.

—Eric...

Salí del dormitorio sin mirar atrás, dejando un amor herido. Bajé por las escaleras sumido en una zozobra de pensamientos y agrias sensaciones. Abrí la puerta y, antes de marcharme, oí la voz de mi madre.

—Eric, espera. ¿Adónde vas?

—¿Qué quieres? —pregunté bajo el umbral de la puerta, al abrigo de las sombras de la noche.

—No he podido evitar oírlos, hijo —dijo esperando a que yo replicara algo, pero solo giré el cuello, mirándola de reojo—. Por favor, no cometes ninguna locura. Ella lo hizo por ti, por amor.

—¿Algo más?

—*Non, fils* —dijo plantada en medio de las escaleras, vestida con el pijama.

Cerré la puerta y me subí al Ferrari. Conduje a través de la noche sin saber adónde iba durante unos minutos, hasta que observé el letrero gigantesco de un hotel-casino llamado Terrible's. Estaba ubicado fuera de el Strip, aunque no muy lejos. Aparqué el Ferrari en el estacionamiento y entré en el casino, donde me vi envuelto por los sonidos y las luces hipnóticas. El Terrible's no era un casino de primera clase, incluso desprendía un aroma decadente, pero aquella noche no era muy riguroso. Solo necesitaba un lugar donde evadirme de la dura realidad. La sensación de fracaso por no salvar

a Amanda me quemaba el corazón. No era digno de ella y era doloroso asimilarlo.

Fui a un mostrador y cambié cien dólares en monedas. Con el dinero en la mano, me senté en la primera *slot machine* que me encontré. Miré a mi alrededor: cuatro máquinas más allá una adorable anciana depositaba monedas con expresión seria. Eché el dinero, tiré de la palanca y los números empezaron a moverse frenéticamente. Al instante un sonido me indicaba la pérdida de la apuesta. Así permanecí durante un buen rato, como un zombi del juego.

—Hola, Eric. Qué pequeño es el mundo —dijo una voz femenina.

Alcé la vista, intrigado. Una mujer de maravillosas curvas me miraba desde su metro ochenta de estatura. La reconocí enseguida, pues se trataba de la primera camarera con la que hablé el primer día que llegué a Las Vegas. Llevaba la bandeja con varias bebidas y un escote impactante.

—Hola...

—Pam —dijo ella.

Asentí, agradeciendo que no me hiciera quedar mal por no recordar su nombre.

—Veo que has cambiado de trabajo —dije mirando de reojo la *slot machine*.

Pam se encogió de hombros.

—Es solo un trabajo —dijo encogiéndose de hombros—. Lo mismo me da servir en el MGM que aquí, en el Terrible's. Me he acordado de ti.

—¿Ah, sí?

—Después de hablar contigo supe que eras una celebridad conocida en todo el mundo. Como no me gusta el fútbol no tenía ni idea... —dijo cambiando el peso de su cuerpo de una rodilla a otra.

—Tranquila, no es tu culpa —dije mientras echaba otra moneda y golpeaba los botones al azar.

—Escucha...

De repente, la máquina empezó a emitir un sonido estridente y las luces se volvieron frenéticas. Era tal el escándalo que una multitud de jugadores se agolpó a mi alrededor, incluido la anciana. Pam me miraba con la boca abierta.

—¿Qué ha pasado? —dije, asombrado.

—¡Has ganado cien mil dólares! —exclamó Pam.

—No puede ser, increíble... —dije sin dejar de sonreír.

La gente empezó a aplaudirme y vitorearme. Me entró una especie de risa nerviosa. Resultaba irónico: justo en mi noche más deprimente, me sonreía la suerte. ¿Qué sentido tenía? Estreché la mano de algunos clientes e incluso me pidieron que me hiciera un *selfi* con algunos de ellos. Un empleado del casino me entregó un cheque gigante y me estrechó la mano.

—Amigo, colgaremos su foto en nuestro muro de la fama. Es el mayor premio del año. Enhorabuena y que lo disfrute.

—Eres un triunfador, Eric —dijo Pam con un brillo en la mirada.

—Lo sé, preciosa.

Sonreí, como si mi etiqueta de hombre de éxito volviera a definirme. Comprendí que a ojos de la gente era un ganador porque mi vida había sido jalonada con innumerables premios, halagos y reconocimientos. A pesar de que esa noche me sentía derrotado por no estar a la altura de Amanda, me esforcé en proyectar una imagen de éxito para los que allí estaban conmigo. Y eso me hizo sentir vacío por primera vez. Me había cansado de proyectar esa imagen de fama para ser respetado, admirado y amado. Mis fracasos, mis grandes fracasos también formaban parte de mí.

—Me tengo que marchar... —dije al empleado del casino.

—Amigo, pero si aún quedan un par de eventos... —dijo alzando las cejas.

—Puede quedarse el cheque, no me importa. Ya tengo lo que necesito —dije, y me marché sin más, dejando a todos plantados.

Conduje de regreso a casa durante el amanecer. Me miré en el retrovisor, mis ojeras eran espantosas pero era lo menos relevante. Mi miedo porque Amanda pensara que era un inútil había desaparecido. Ya solo me quedaba por decirle una cosa más antes de la boda.

A toda prisa bajé del coche y entré en la casa. Subí las escaleras de dos en dos con el pulso acelerado. Abrí la puerta del dormitorio pero ella no estaba en la cama. «¿Dónde está?», me pregunté.

Oí el murmullo del agua, así que dirigí mis pasos hacia el baño. Allí estaba, duchándose, ajena a todo. Al correr la cortina, se llevó

un buen susto pero al reconocermelo suspiró de alivio. Su melena rubia estaba húmeda y su cuerpo cubierto con miles de gotas. Sus fascinantes ojos me miraban, expectantes, heridos. Tragué saliva.

—Gracias, amor mío, por lo que hiciste —dije.

Ella rompió a llorar. Sin despojarme de la ropa, me introduje junto a ella para abrazarla bajo el agua. La amaba tanto... Nadie había hecho tanto por mí... Mientras el agua empapaba nuestras caras, la besé con pasión sintiendo sus labios húmedos, y que nuestras bocas nos pertenecían para siempre.

Capítulo 10

AMANDA

Todos los invitados se encontraban dentro de la magnífica sala del hotel-casino MGM. Mirando la maravillosa decoración de flores y lazos colgando de las paredes derramé un par de lágrimas, pero a diferencia de las anteriores, no eran debido a la angustia sino a la felicidad que irradiaba en ese momento. Estaba a punto de pronunciar el anhelado «Sí, quiero» al hombre del que estaba profundamente enamorada y esta vez sentía en mi corazón que sería para siempre. Desde que nos conocimos Eric y yo, el destino nos puso a prueba innumerables ocasiones, pero sin duda el viaje había merecido la pena.

Caminaba hacia el altar del brazo de mi padre, el hombre que me había apoyado durante toda mi vida. Sentía una curiosa mezcla de nervios y de calma al mismo tiempo. El resto de mi familia y los amigos esperaban sentados en la primera fila, en sillas envueltas en forros de color blanco. Todos estaban tan elegantes y tan atractivos... Mi madre llevaba un vestido precioso color azul desvaído con un cinturón estilo metalizado, que le sentaba como un guante. Melissa también estaba radiante de dama de honor, ataviada con un vestido de gasa color champaña y con un adorno tipo floral colgado del hombro.

—¿Todo bien? —preguntó mi padre posando su mano sobre la mía.

—Sí, papá —respondí sonriendo.

En la mano llevaba el ramo de orquídeas y rosas blancas por el que tanto me había costado por decidirme y que apretaba con fuerza. Mi padre me dejó en el altar y se dirigió a su asiento, junto a mi madre. Lancé un discreto suspiro al mirar al formidable hombre con el que me iba a casar. Mi corazón estaba rebosante de felicidad y mis ojos, vidriosos, amenazaban con deslizarse por la mejilla y

arruinar el maquillaje. Me sentía tan viva... Las rodillas me pesaban, pero al mismo tiempo me envolvía un halo de radiante felicidad.

—*Tu es très jolie*... Estás bellísima —dijo Eric mirándome con sus arrebatadores ojos grises.

—Gracias —susurré—. Tú también.

No recuerdo nada de lo que el cura dijo, pues me encontraba en una burbuja aislada del tiempo. La voz de mi conciencia no dejaba de recordarme lo afortunada que era por casarme con un hombre tan bueno como Eric. Aterrillé de nuevo a la realidad cuando el cura le habló directamente.

—Eric, ¿aceptas a esta mujer, Amanda Armstrong, como legítima esposa para dar y recibir, en la enfermedad y la salud, en los buenos tiempos y en los malos, en la riqueza y en la pobreza, siendo fiel a ella mientras ambos estéis con vida? Si es así, responde «Sí, quiero».

—Sí, quiero —dijo Eric, solemne.

Quizá fuera mi imaginación, pero en ese momento juraría que oí una explosión de fuegos artificiales.

—¿Y tú, Amanda...?

—Sí, quiero. Sí, quiero —dije antes de que alguien apareciera por segunda vez para interrumpir la ceremonia y estropearlo todo.

—Por la autoridad que se me ha concedido, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia...

Al calor de los aplausos y vítores de la familia y amigos, Eric me besó con infinita ternura sobre mis labios. En aquel momento me sentí pletórica de alegría.

Me agaché para hablar con Scott, que me miraba con sus adorables ojos azules. Estaba guapísimo con su traje y corbata, y con la melena rubia brillando gracias a la gomina.

—¿Estás bien, cariño? —pregunté tomándole de sus manitas.

Scott asintió con la cabeza.

—Me he traído esto por si me aburría —dijo mostrando un libro de cómics.

Sonreí, divertida por su inocencia y le planté un besazo en la mejilla, incapaz de resistirme a su encanto. Era el hombre de mi vida.

—Está bien. ¿Quieres un poco de tarta? —pregunté mientras le borraba los restos de carmín con el dedo.

—¡Sí!

—¡Felicidades, amiga! —exclamó Melissa llevando un plato con un trozo de tarta.

—Estupendo, gracias —dije arrebatándole el plato y entregándoselo a mi hijo, que se lamió la boca.

—Sí, por favor, llévatelo de mi vista. Son demasiadas calorías para mí. Necesitaría una hora de gimnasio solo para bajar la mitad —dijo Melissa mirando cómo Scott devoraba la tarta.

Ambas nos reímos.

—Amiga, te deseo lo mejor, de verdad. Veo un profundo amor entre los dos y sé que va a durar para siempre. Después de todo lo que has pasado, nada se interpondrá entre vosotros. Te envidio, pero de una forma amistosa, que conste.

Miré de reojo a Eric, quien charlaba con su madre y la mía. Todos con una copa en la mano, junto al bufé. Se le veía con energía, disfrutando con plenitud del momento, desprendiendo esa magia que lo hacía tan diferente al resto...

—Felicidades, preciosa —dijo David, que apareció tomando de la mano a Melissa.

—Gracias. Por cierto, estoy muy contenta que todo vaya bien entre vosotros —dije acariciando el brazo de mi amiga.

—Créeme, nosotros también —dijo David mirando a Melissa como si quisiera comérsela—. Y todo gracias a ti, si no nos hubieras presentado aquella noche de las ostras, no sé qué sería de mí ahora mismo.

—Por cierto, Amanda, solo por curiosidad, ¿tienes la receta del plato que preparó Eric?

—¡Está guardado bajo llave! —exclamé, divertida.

—Egoísta —dijo David, irónico—. Son de esas cosas que se deben compartir con el resto de la humanidad.

Los tres nos reímos recordando aquel loco momento de éxtasis incontrolado en mi casa.

—¿A qué viene tanto alboroto? —preguntó Roy, vestido a lo retro, con un traje de cuello enorme. Le acompañaba un hombre atractivo y maduro, su pareja. Llevaba una coleta pelirroja a juego con una barba muy poblada. Me pregunté a qué tribu urbana pertenecería.

—¿No nos vas a presentar? —pregunté, desviando el bochornoso tema de conversación.

—Claro, él es Liam —dijo mi hermano—. Es diseñador de moda.

—Encantado de conocerte —dije tendiendo la mano.

—Igualmente, Amanda, y felicidades —dijo Liam con acento irlandés al tiempo que la estrechaba.

—El mundo de la moda debe de ser apasionante en Nueva York —dije para romper el hielo.

—En realidad, solo trabajo por el dinero y nada más —dijo Liam con sequedad.

Por los altavoces comenzó a sonar una canción que me encantaba: «Thinking out loud» de Ed Sheeran. Me giré buscando a mi marido (al pensar en él como *mi marido* percibí un cosquilleo en el estómago) y me lo encontré mirándome con una gran sonrisa. Era la canción elegida para el baile, así que enseguida nos citamos en la pista, en el centro de un círculo formado por los invitados, que estaban expectantes. De pronto, las luces generales se apagaron salvo un foco que iluminaba el centro.

La letra de la canción encajaba con el amor que sentíamos el uno por el otro. Hablaba de amarse hasta llegar a los setenta años, cuando las piernas flaquean, aunque el corazón sigue igual de joven.

Eric me tomó de la cintura y unimos nuestras manos sin dejar de beber de la mirada del otro. Me dejé llevar sintiendo que ambos flotábamos a cámara lenta, expresando con nuestros cuerpos la pasión que sentíamos. La cadera de Eric se movía con una agilidad asombrosa, repartiendo elegancia y movimientos sinuosos...

Cuando la letra mencionó que la gente se enamora de las formas más misteriosas, me vino a la mente la manera en que nos conocimos. De ese comienzo tan fortuito y extraño llegábamos a una boda. ¿No es increíble? Mucha gente lo llama casualidad, pero a mí me gusta llamarlo *destino*. Estaba escrito en alguna parte que él y yo acabaríamos casados.

Eric me soltó y me tomó con ambas manos por la cintura mientras yo le tomaba del cuello. A continuación, me besó en el cuello, y luego me hizo girar sobre mí misma, la falda ondeando. Era un momento sublime de romanticismo en frente de la familia y amigos, con quienes deseábamos compartir nuestra inmensa felicidad.

Nos apretamos el uno contra el otro. Le tomé del cuello con ambas manos al tiempo que él me abrazaba. Nuestras caras a escasos centímetros, sellando nuestro amor para siempre. Cada uno giró sobre la espalda del otro. Los invitados aplaudían, encantados con nuestro baile.

«Bésame bajo la luz de miles de estrellas», decía la letra. Fue en ese momento cuando Eric me tomó en volandas como si fuese una pluma para él. Mi melena agitándose en el aire... Bailamos hasta un lado de la pista y luego regresamos al centro cogidos de la mano, donde me alejé de él estirando su brazo para luego recogerme de nuevo hacia sus firmes brazos, como si fuera un yo-yo.

Reí cuando la letra hablaba de perder el pelo, pues Eric hizo un mohín de disgusto. De nuevo me coloqué de espaldas a él para que me cogiera de ambas manos y me volviera de frente en un rápido giro. Deseé que nunca acabara la canción. No me importaba bailar hasta la noche si era necesario porque sabía que era un momento romántico e irrepetible.

Acabamos cogidos de la mano y aplaudidos a rabiar por los invitados. Las luces de la sala se encendieron.

—Te amo, amor mío. Más que a nada en este mundo —susurró.

—Te amo, mi vida.

FIN

Si te ha gustado el libro, coméntanos la experiencia en la página de [Facebook](#). O, mejor aún, te agradecería un comentario en Amazon. Muchas gracias.

Si te apetece estar al tanto de nuevos lanzamientos de Robyn Hill, haz clic [aquí](#) (No Spam).

El *irresistible* Eric Cassel es un personaje nacido en el Libro 2 de la serie romántica «Samantha, Pasión». Disfruta ya del Libro 1,

GRATIS. Solo haz clic [aquí](#) y empieza la lectura en tu Kindle.

Table of Contents

ÍNDICE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10